

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL  
PUBLICACIONES DE LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN  
DIRECTOR : FRANCISCO DE APARICIO

---

Sección de Historia y Geografía, N° 9

NOTAS PARA EL ESTUDIO

DE LA

ARQUEOLOGÍA DEL SUR DE ENTRE RÍOS

POR

FRANCISCO DE APARICIO



De los ANALES DE LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN, tomo III, páginas 1 a 63

INSTITUTO  
DE  
ARQUEOLOGÍA, LINGÜÍSTICA y FOLKLORE  
"DR. PAOLO CABRERA"

PARANÁ  
REPÚBLICA ARGENTINA

1928

Imprenta y Casa editora Gosi, Perú 684, Buenos Aires

NOTAS PARA EL ESTUDIO  
DE LA  
ARQUEOLOGÍA DEL SUR DE ENTRE RÍOS

Por FRANCISCO DE APARICIO

---

**INTRODUCCIÓN**

Los materiales que dan tema al presente trabajo han sido recogidos en larga y paciente búsqueda por el señor Pedro Van der Veen, administrador durante varios años de la Estancia Mazaruca, en Ibicuy (Entre Ríos).

El interés arqueológico del lugar, señalado de antiguo por investigadores y aficionados argentinos, despertó la atención y el interés de un observador inteligente y permitió al señor Van der Veen reunir un conjunto de piezas que, a pesar de su reducido número, tiene importancia extraordinaria si se considera la gran escasez de material que caracteriza a los yacimientos de la región. Una colección de esta importancia no ha sido dada a conocer nunca hasta ahora y sólo ha sido posible reunirla en las condiciones y con el entusiasmo que ha trabajado su recolector.

El señor Van der Veen tiene el raro mérito de haber incorporado al acervo de nuestros estudios todo el material encontrado accidentalmente en Mazaruca y sus alrededores durante el tiempo de su estada en el lugar y, no contento aún con esto, realizó a su vez prolijas búsquedas cuyo resultado no fué por cierto estéril.

Al retirarse de Mazaruca el señor Van der Veen remitió al Museo Nacional de Historia Natural la colección reunida, a fin de que pudiera ser analizada por un especialista. Pasada a estudio de Boman, fuéme ofrecida por el malogrado maestro, absorbido en aquella época por otros trabajos.

En conocimiento de esta oferta el actual director del Museo, profesor Martín Doello-Jurado, con una gentileza que obliga a mi mayor agradecimiento, no sólo se apresuró a poner en mis manos — a la muerte de Boman

— el valioso material, sino que coadyuvó a facilitar mi tarea en la mejor forma posible.

El doctor Franco Pastore, por mediación del profesor Doello-Jurado, ha tenido la amabilidad de clasificar el material petrográfico y de indicar su probable procedencia.

A fin de tener idea clara de las condiciones del yacimiento y de conocer personalmente la localidad, realicé posteriormente un viaje a Ibicuy, bajo los auspicios de la Facultad de Ciencias de la Educación y en compañía de algunos alumnos del curso de arqueología americana.

En esta breve excursión, además de efectuar las observaciones de que doy cuenta en lugar oportuno, pudimos recoger algunas piezas que complementan eficazmente la colección del señor Van der Veen y que, incorporadas al Museo de la Facultad, publico con la indicación pertinente: (M. F. C. E.).

## LA REGIÓN

La colección arqueológica del señor Van der Veen ha sido reunida en el extremo sudoeste de la provincia de Entre Ríos. Los yacimientos de que han sido retirados los objetos que la integran, están ubicados sobre la margen izquierda del Paraná Pavón, algunos kilómetros al norte de Puerto Ibicuy, en el departamento de Gualaguaychú (fig. 1).

La región está constituida por tierras bajas de estructura arenosa, sometidas a inundaciones periódicas y cubiertas, en parte, por una frondosa vegetación.

Los espacios libres — « albardones », como los llaman en la región — son verdaderas pampas abiertas con pastos tupidos, salpicadas con mayores o menores extensiones aisladas de monte.

Sobre la costa del Paraná Pavón extiéndese una ancha faja de monte ribereño cuyo suelo está cubierto de pasto y cuyos claros llenan tupidos pajonales. Este monte compónese principalmente de: sauce (*Salix Humboldtiana*); ceibo (*Erythrina crista-galli*); curupí (*Sapium haematospermum*); tala (*Celtis tala*); espinillo (*Acacia cavenia*); sarandí (*Cephalantus sarandii*), etc.

A corta distancia de la playa elévanse pequeños médanos fijos cubiertos de vegetación, que constituyen precioso refugio en época de creciente y son asiento obligado de las escasas poblaciones de la comarca.

En las inmediaciones de Puerto Ibicuy la región presenta un aspecto árido; la vegetación cesa casi por completo; el pasto tórnase ralo y los médanos, mucho más numerosos, preséntanse totalmente desnudos.

En diversos lugares de la playa encuéntranse paraderos que, a pesar de estar muy destruídos por el constante trabajo del agua, evidencian que allí

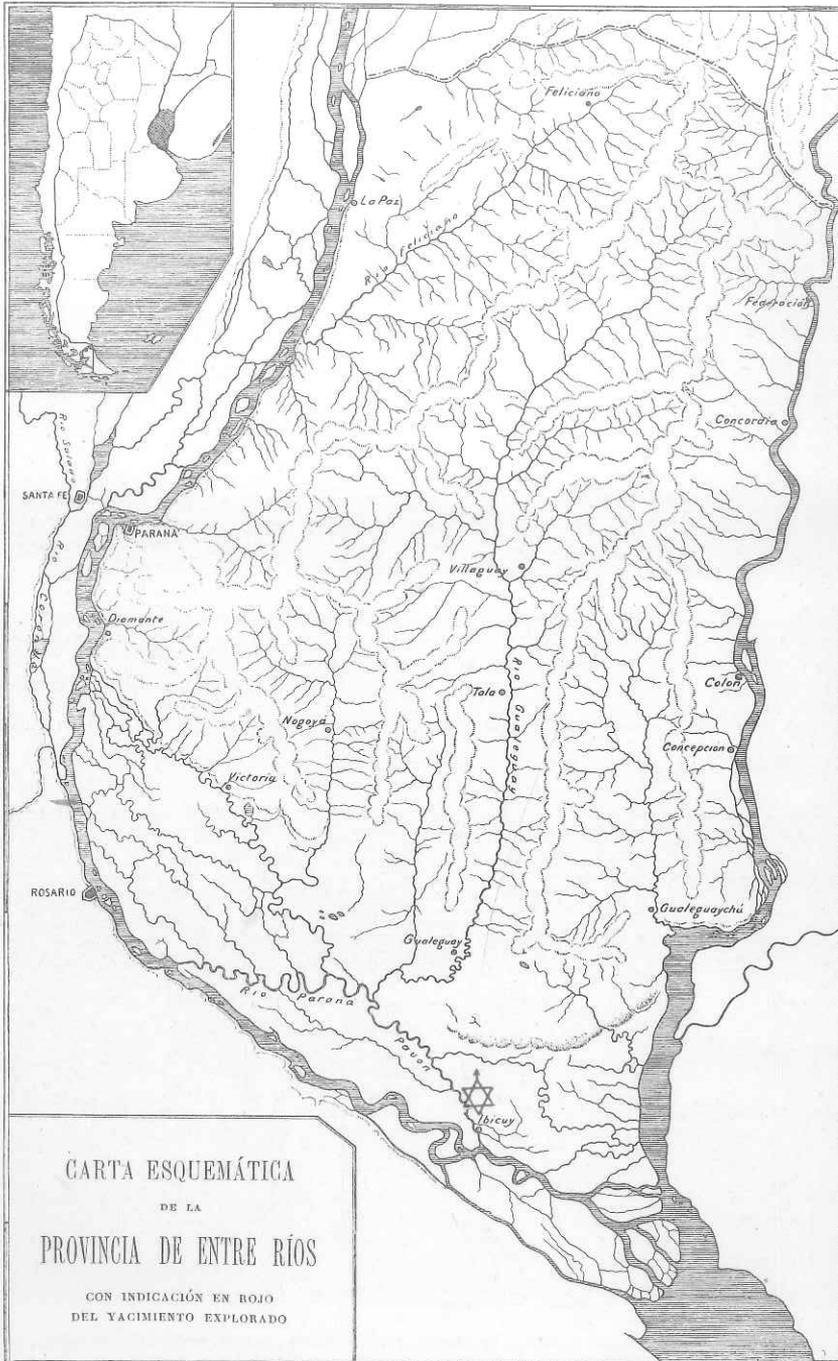


Figura 1

hubo asiento de poblaciones indígenas. Los «cerros» — como llaman los comarcanos a los pequeños médanos costaneros — guardan, casi siempre,



Fig. 2. — Aspecto de la costa del Paraná Pavón en La Argentina. Destácase en primer plano un corpulento ceibo. La fotografía ha sido tomada en época de creciente, la playa está totalmente cubierta por el agua que rodea ya algunos árboles que se advierten a lo lejos.

unidos a escasos vestigios de industria y cocina, gran cantidad de restos humanos.

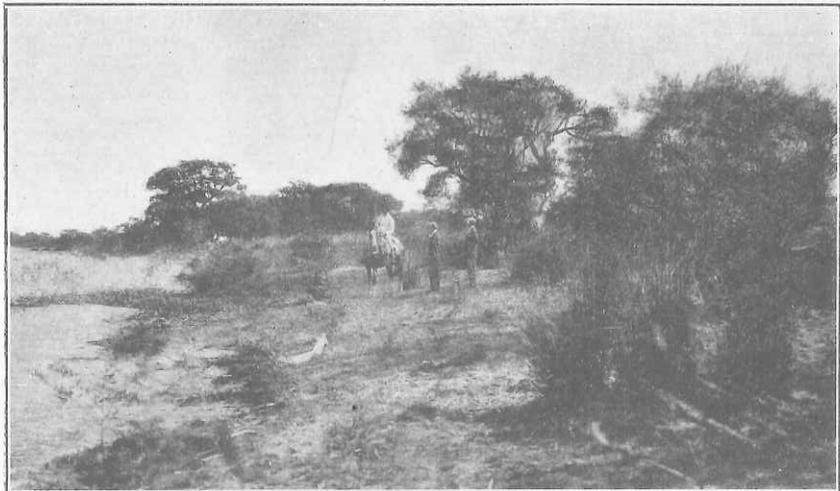


Fig. 3. — Aspecto de la costa del Paraná Pavón en La Argentina. Detalle del monte ribereño

Estas circunstancias y los caracteres físicos de la región, permiten suponer que la playa ha de haber sido el sitio en que habitualmente se desarro-

Haba la vida de los aborígenes, al amparo del monte y atraídos por la riquísima fauna fluvial y terrestre que constituía su principal alimento. Los

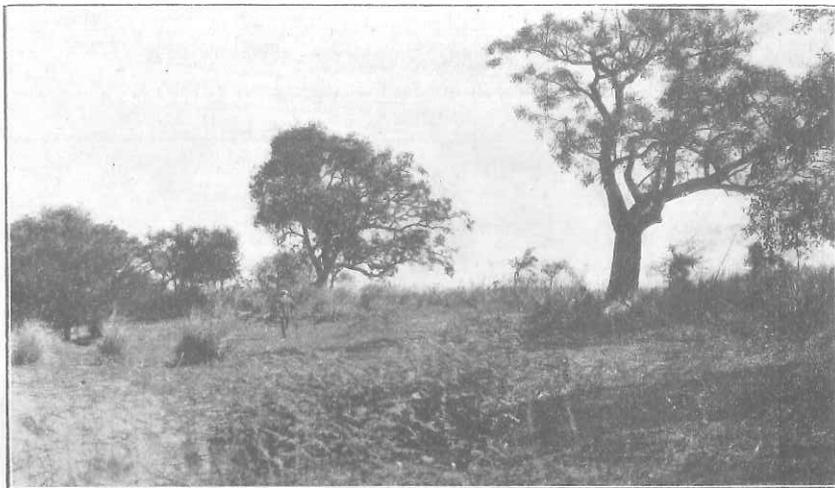


Fig. 4. — Aspecto de la costa del Paraná Pavón en La Argentina. Detalle del monte ribereño

«cerros» debieron ser—exactamente como hoy—obligado refugio durante las inundaciones y, además, seguro lugar de conservación de sus despojos mortales, fuera del alcance destructor del río.

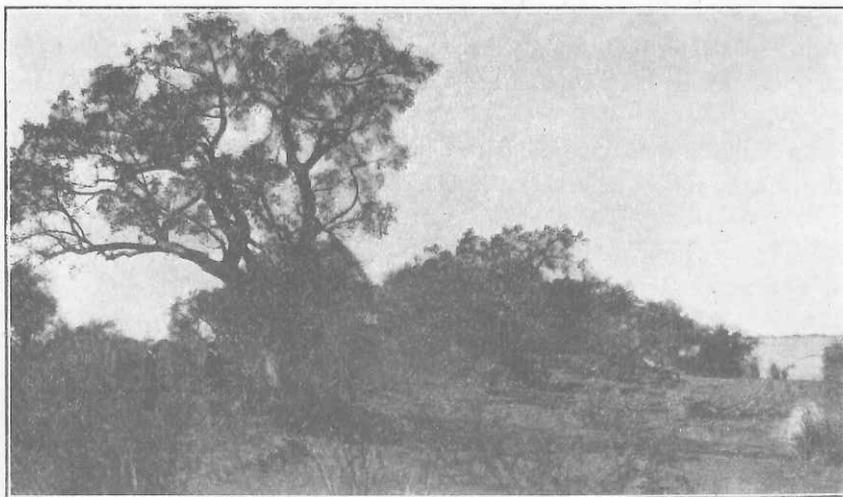


Fig. 5. — Aspecto de la costa del Paraná Pavón en La Argentina. Detalle del monte ribereño

Las fotografías que incluyo (figs. 2<sup>a</sup> a 6) muestran diversos aspectos de la ribera del Paraná Pavón en «La Argentina». Las vistas han sido tomadas

en época en que el río estaba muy crecido y próximo a alcanzar el nivel general del terreno (abril de 1927).

Adviértese en una de ellas (fig. 2), que el río ha cubierto la playa que abarca extensión considerable en épocas normales. A lo lejos se ven algunos árboles rodeados ya por las aguas.

El aspecto del monte ribereño es bien evidente en otras (figs. 3 a 5). El

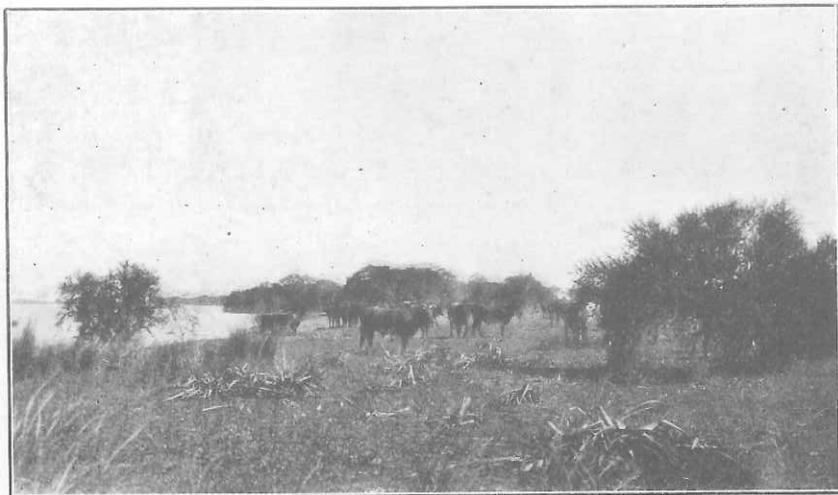


Fig. 6. — Aspecto de la costa del Paraná Pavón en La Argentina. Un claro del monte cubierto de tupido pastizal

suelo está cubierto de pasto y por entre el monte ralo de pequeña altura, característico de la mesopotamia, destácanse grandes sauces y gigantescos ceibos.

En la figura 6 aparece un claro del monte cubierto de tupido pastizal y un pequeño rodeo del excelente ganado que allí se cría.

## LOS YACIMIENTOS

« MAZARUCA »

Buen golpe del material recogido por el señor Van der Veen procede del clásico yacimiento de Mazaruca, conocido de antiguo en la arqueología argentina.

Fué primeramente visitado por Ramón Lista en 1877, quien divulgó el resultado de sus investigaciones—exiguo, en verdad—en diversos periódicos y publicaciones (33). Outes ha dado a conocer la bibliografía completa de Lista sobre este tema (42, pág. 5, nota 1). Posteriormente, el mismo inves-

tigador volvió a reconocer la localidad en el curso de una exploración realizada en compañía de Benigno T. Martínez. Las ligeras referencias que el historiador de Entre Ríos ha dejado al respecto, permiten suponer que las búsquedas no fueron del todo estériles (35, pág. 29, nota).

Prescindiendo de otras exploraciones sin trascendencia, conviene recordar que, en 1902, Outes y Torres practicaron en Mazaruca una rápida exploración en el curso de un viaje de estudio realizado a través de la región insular del sudoeste de Entre Ríos y litoral santafesino, pudiendo recoger algunos restos osteológicos y arqueológicos que dieron a conocer en diversas monografías (52, 53 y 42).

Con posterioridad a esta última exploración el establecimiento que encierra los yacimientos arqueológicos ha sido profundamente transformado. Una compañía alemana efectuó, hace algunos años, grandes trabajos de defensa contra las avenidas del río, circundando todo el perímetro de la propiedad con un terraplén de más de tres metros de alto. Fácil es imaginar la intensa remoción que se habrá operado para ejecutar tan importante movimiento de tierra. Los médanos sobre que se asentaban los edificios del modesto establecimiento ganadero visitado por Outes y Torres han sido, a su vez, terraplenados para darles mayor altura y extensión y fundar sobre ellos las grandes construcciones del establecimiento modelo que allí se procuró instalar. Desgraciadamente parece que el éxito no coronó tan grande esfuerzo; la empresa fué abandonada y en la actualidad el campo ha sido nuevamente destinado a la cría de ganado.

Los materiales recogidos por el señor Van der Veen proceden de las remociones efectuadas al ejecutar los mencionados trabajos, o fueron encontrados accidentalmente durante la larga estada del recolector en el lugar. Estos hallazgos ocasionales han sido efectuados, en su gran mayoría, entre los pajonales ribereños que han de cubrir, muy probablemente, los antiguos paraderos de los indígenas que sepultaban sus muertos en los «cerros».

Podríamos inferir, aproximadamente, las condiciones primitivas del yacimiento por su analogía con los demás de la región pero, afortunadamente, disponemos de las descripciones realizadas por Outes y Torres quienes, sino encontraron el «cerro» en estado virginal, pudieron estudiarlo cuando sólo había sufrido remociones parciales.

«El cementerio de Mazaruca—dice Outes—se halla situado sobre la margen izquierda del Paraná Pavón, a unos cuarenta kilómetros aproximadamente de la confluencia de este río con el Guazú. Como casi todos los de la región es, vuelto a repetirlo, un médano de arena más o menos consolidada que alcanza a tener 110 metros de longitud por 40 de ancho máximo, y sobre el cual existen en la actualidad varias dependencias del establecimiento ganadero del señor Rafael Escriña, circunstancia que impide evaluar la altura primitiva del montículo, pues en él se han verificado



INSTITUTO  
DE  
ARQUEOLOGÍA, LINGÜÍSTICA Y FOLKLORE  
"DR. PABLO CABRERA"

remociones, no sólo con el objeto de hacer las construcciones referidas, sino también para practicar trabajos agrícolas. Sin embargo, aquélla no debió exceder tres metros el suelo de los alrededores y seis metros el nivel de las aguas ordinarias del río... « En la pequeña excavación que verifiqué durante mi estadía en Mazaruca — agrega más adelante — se removieron alrededor de cinco metros cúbicos de terreno, obteniéndose un esqueleto sumamente incompleto que, no obstante, estaba *in situ*, pues las articulaciones coxo-femorales y de las rodillas se encontraban en su lugar.» Y más adelante: « Conviene se sepa, así mismo, que el esqueleto estaba en decúbito lateral izquierdo, dirigido de noroeste a sudeste, apareciendo reunidos a veinte centímetros de sus pies, numerosos fragmentos de un vaso de barro de regular tamaño; y, a 30 centímetros de la pelvis, los de otra alfarería de tipo semejante al de la anterior, pero, con los rodetes de arcilla e impresiones ornamentales más pequeños. Alrededor de los restos humanos y mezclados a los fragmentos de vasos referidos, se hallaban infinidad de alfarerías reducidas a pedazos menudos, y huesos quemados de *Hydrochoerus hydrochoerus* (L.) Berg. *Canis* sp., *Myocastor Coypus* Mol. lo mismo que residuos de *Loricaria* sp., *Anostomus* sp., *Myletes* sp., *Doras* sp., *Pygidium* sp., y *Rhambdia* sp. Todos los diversos objetos encontrados, estaban acumulados en un estrato que aparecía a 50 centímetros de la superficie del suelo y llegaba a diez centímetros por debajo del esqueleto.» (42, pág. 7).

#### « LA ARGENTINA »

En la estancia contigua a Mazaruca — « La Argentina » — levántanse tres pequeños médanos en las inmediaciones del lugar denominado embarcadero de Viraso.

Desarrollanse paralelamente a la margen izquierda del Paraná Pavón y a una distancia de cien metros, aproximadamente, de la costa. El mayor de ellos se halla ocupado casi totalmente por las « casas » del capataz del establecimiento del señor Pablo Hartmann, actual locatario del campo; sobre el siguiente se han construido corrales para encerrar hacienda, se encuentra cubierto por una gruesa capa de estiércol y crece sobre él frondosa vegetación arbórea.

En el primero de ellos encontró el señor Van der Veen la mayor parte de los objetos que componen su colección, pero es fácil colegir que en las condiciones actuales sólo sería posible la exploración total de esos médanos mediante erogaciones desproporcionadas con la importancia que puede atribuirse a los yacimientos.

Sin embargo, a estar a los informes de los pobladores del pago, que en diversas circunstancias han efectuado zanjas y pozos en los mencionados montículos, sólo uno, el mayor, contiene restos arqueológicos, y es

el único que ellos consideran «cerro». Y así, cuando mencionan «el cerro de La Argentina» se refieren a él (fig. 7).

Es una pequeña elevación cuya altura no ha de alcanzar a dos metros sobre el nivel del terreno pero es suficiente para ponerlo a cubierto de las inundaciones ordinarias. Su planta es ligeramente elíptica, siendo sus diámetros de 68 y 36 metros, aproximadamente (figs. 8 a 10). Es indudable que su superficie ha sido desgastada por las crecidas extraordinarias y demás agentes erosivos, pues en los espacios libres no ocupados por las viviendas de sus míseros pobladores, en el «patio de las casas», como ellos dicen, afloran donde quiera restos esqueléticos que originariamente debieron descansar debajo de una protectora capa de tierra.

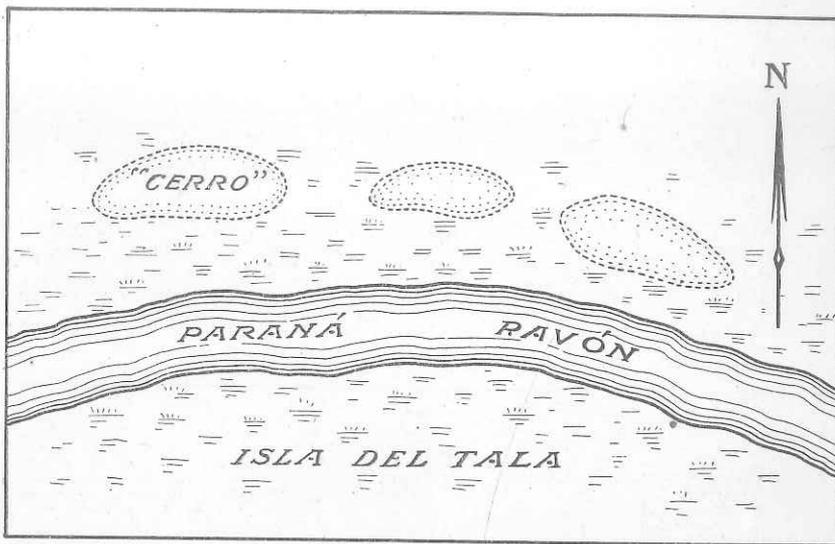


Figura 7

Algunos talas añosos que dan sombra y abrigo a los pobladores de hoy, perduran como testigos de la vegetación que antes cubría el médano, cuya intensidad puede fácilmente deducirse por la de sus alrededores.

La circunstancia de haber sido removido parcialmente en diversas ocasiones y, sobre todo, la deficiencia de los trabajos que pude realizar, no me permiten hacer afirmaciones categóricas acerca de su estructura, pero todo hace suponer que la pequeña elevación sea, en realidad, un médano consolidado por la vegetación que ha humificado, casi totalmente, la arena que lo constituía.

La exploración efectuada debió reducirse, desgraciadamente, a ligeras excavaciones poco profundas en los espacios libres dejados por las habitaciones. Sólo un pozo, excavado en el extremo oeste de la elevación, pudo llevarse hasta una profundidad superior a la altura del médano, poniendo

en evidencia una estructura uniforme de humus muy arenoso, descansando sobre la arena no muy fina que constituye el suelo natural de la zona.

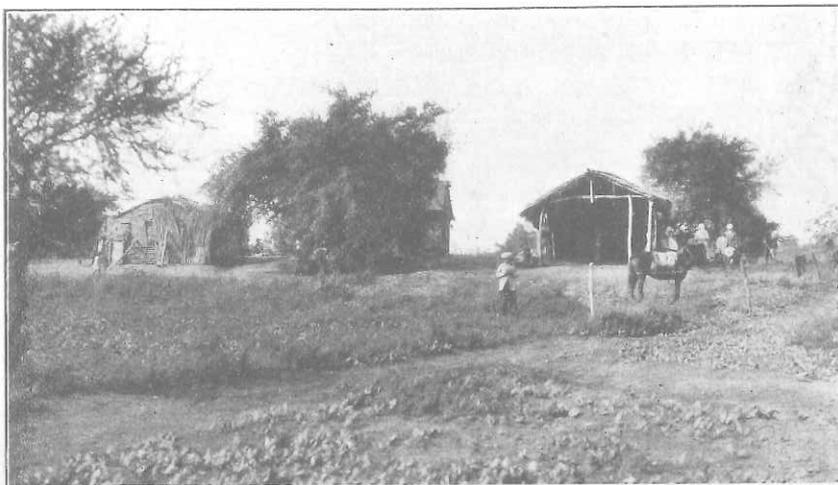


Fig. 8. — Vista general del «cerro» de La Argentina. Lado norte

En toda la extensión del «cerro» y, especialmente, en su extremo este, la abundancia del material osteológico es tan grande que la tierra ha desa-



Fig. 9. — Vista del «cerro» de La Argentina en su extremidad oeste

parecido casi por completo de la superficie, dejando sólo un conglomerado óseo en el cual es casi imposible hincar la pala.

Mezclados a estos despojos, hállanse en relativa abundancia restos de

industria y de cocina, huellas, en fin, de que el lugar ha sido habitado. Sin embargo, la gran desproporción numérica entre unos y otros permite afirmar que el yacimiento es, fuera de duda, un cementerio. Fácil es presumir, dadas las condiciones geográficas de la región, que los aborígenes tendrían en la playa su vivienda habitual, reservando para sepultar sus cadáveres los espacios altos, libres de peligros de inundación, en los cuales sólo se refugiarían en casos de emergencia.



Fig. 10. — Vista general del « cerro » de La Argentina. Lado sur

Todos los restos extraídos denotan una inhumación secundaria <sup>(1)</sup>. Los huesos aparecen en gran desorden, ya se encuentran varios cráneos reunidos o un montón de huesos largos pertenecientes a diversos individuos, pero ningún esqueleto o parte de esqueleto que denote una inhumación primaria.

(1) Creo oportuno recordar que en Malabrido encontramos, exclusivamente, inhumaciones secundarias. Al ocuparme de ellas hice notar que los informes suministrados por Zeballos y Pico acerca del túmulo de Campana, y los de Ambrosetti, acerca de sus hallazgos en Goya, nada concretaban acerca del tipo de inhumación encontrado (22, pág. 104).

En el Delta, a pesar de las múltiples referencias de Torres, no tenemos tampoco informes categóricos. A estar a sus « diagramas demostrativos » sólo habría encontrado inhumaciones primarias, pero el texto nunca lo afirma de un modo claro y terminante y, por el contrario, es siempre vago y confuso. La escasísima documentación fotográfica que acompaña parece indicar que los esquemas no son tan fieles como sería de desear y permite suponer que algunos yacimientos contenían inhumaciones secundarias (confr. 55, figs. 88 y 89). Es realmente sugestivo que la expedición norteamericana, que últimamente ha realizado investigaciones en el Delta, ha encontrado inhumaciones secundarias, aun en uno de los túmulos excavados anteriormente por el doctor Torres (34, págs. 262 y 263).

En realidad, el único testimonio fehaciente relativo a la presencia de inhumaciones primarias en la cuenca del Paraná es el suministrado por Outes acerca de sus investigaciones en Mazaruca y oportunamente transcrito.

El estado de destrucción de los huesos es muy avanzado y su extracción, por consiguiente, muy difícil. Sólo me fué posible obtener un cráneo relativamente bien conservado. Sin embargo, disponiendo de tiempo y de elementos, creo que el yacimiento podría suministrar una apreciable cantidad de material antropológico.

Los restos arqueológicos que aparecen mezclados a los despojos humanos, consisten, en su gran mayoría, en fragmentos de cerámica tosca de diversos tipos muy mezclados y reducidos a pequeños trozos, evidenciando — como siempre — una destrucción y dispersión intencionales. Los ejemplares decorados son muy escasos, sólo pude recoger diez fragmentos grabados y uno pintado, así como un solo fragmento de representación plástica. Entre los objetos de piedra y hueso sólo son dignos de mención una piedra con hoyuelos y dos puntas de jabalina que describo en el lugar correspondiente.

Residuos de cocina se encuentran en abundancia: huesos largos partidos y quemados, mandíbulas de diversos animales, especialmente de nutria (*Myopotamus Coypu*) carpincho (*Hydrochoerus capybara*); ciervos (*Odocoileus paludosus*), etc. Abundan también los restos de aves, peces y moluscos.

Los materiales de que voy a ocuparme proceden, pues, de los cementerios de « Mazaruca » y « La Argentina » y de toda la zona circundante, especialmente, de la faja costanera cubierta de pajonales.

No es posible, a mi juicio, considerar estos puntos, a los efectos del estudio del material extraído, como repositorios diferentes, por lo tanto, en el curso de esta memoria he de considerar siempre el lugar como un solo yacimiento.

## LA INDUSTRIA

### Instrumentos de piedra

#### PIEDRAS CON HOYUELOS

Figuran en la colección que estudio catorce ejemplares de las llamadas « piedras con hoyuelos ».

Los hoyos o depresiones que caracterizan a estos objetos han sido tallados, unas veces, en simples fragmentos de roca o en rodados pequeños, sin trabajo previo alguno; otras, por el contrario, se ha labrado y pulido más o menos prolijamente el fragmento de roca destinado a la fabricación de una « piedra con hoyuelos ».

De los catorce ejemplares que estudiamos, doce presentan el mencionado trabajo previo.

Reproduzco en la figura 11 el más perfecto de la serie. Es de forma subcilíndrica; las bases, elípticas, han sido cuidadosamente trabajadas hasta obtener dos caras bastante planas y casi paralelas entre sí; la superficie curva que las corta perpendicularmente, bien pulida y las aristas redondeadas. En el centro de las bases se han excavado sendos hoyuelos; ambos son pequeños y ligeramente elípticos, sus dimensiones aproximadas son  $16 \times 14$  milímetros y  $15 \times 18$  milímetros, la profundidad máxima alcanza a 4 milímetros.

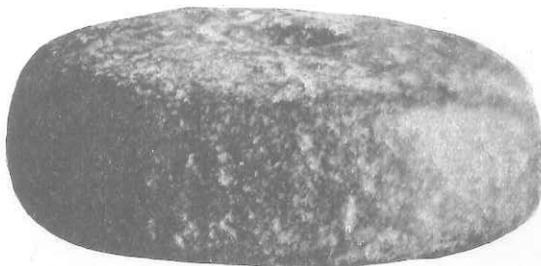


Fig. 11. —  $\pm \frac{1}{4}$ .

Presentan — exactamente — el aspecto de una leve presión digital ejercida sobre una materia plástica.

La pieza ha sido labrada por percusión y pulida luego por frotamiento, pero esta operación no ha logrado borrar totalmente las huellas del trabajo preliminar ni aún la granulosidad natural de la roca. Sin embargo, el interior de los hoyuelos ha sido terminado con mucho esmero y presentan superficies bien pulidas y tersas.

Procede del « cerro » de La Argentina.

Un ejemplar de forma análoga pero mucho más tosco, ha sido trabajado en arenisca clara, dura y compacta (fig. 12). Es igualmente subcilíndrico,

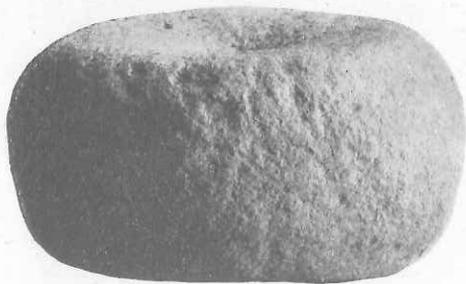


Fig. 12. —  $\pm \frac{1}{4}$ .

pero la talla deficiente no ha logrado aplanar las bases ni cortar perpendicularmente la superficie curva. No presenta señales de frotamiento y la roca, granulosa de suyo, preséntase áspera y con las trazas del trabajo de percusión muy evidentes. Del mismo modo han sido excavados los hoyuelos que forman, simplemente, pequeñas depresiones en el centro de ambas caras y presentan el aspecto característico de los yunques. Pero el trabajo previo, aun siendo basto, y la simetría con que ambas concavidades han sido talladas, aleja — a mi juicio — toda sospecha de que pueda tratarse de un objeto de esta índole.

Procede de Mazaruca.

Análoga también es la pieza que presento en la figura 13. Ha sido cuidadosamente trabajada hasta darle una superficie pulida y brillante. Las bases tienen también sendos hoyuelos que, como en todas las piezas puli-

das, dan la impresión de presiones digitales. Uno de ellos alcanza 6 milímetros de profundidad y sus dimensiones son algo mayores que las señaladas al hablar de la figura 11.

La superficie curva es muy irregular y presenta la particularidad de haber sido aprovechada también, labrándose en ella seis hoyuelos, número máximo que podría contener. Cinco de ellos son perfectamente definidos, bien dibujados en sus bordes y relativamente profundos, el sexto apenas se advierte, destruído por una fractura moderna.

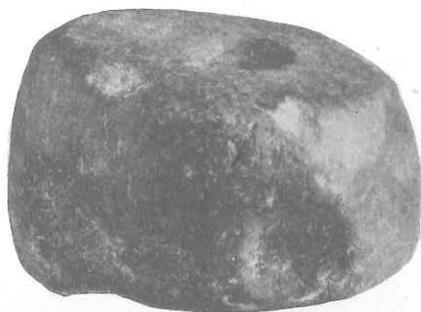


Fig. 13. —  $\pm \frac{1}{4}$ ,

La pieza de este tipo que tuve la fortuna de encontrar en mi viaje a La Argentina es realmente interesante. Parecería que se hubiera pretendido tallar un cubo y excavar luego un hoyuelo en cada una de sus caras (fig. 14).

El paralelismo y la igualdad de éstas son harto relativos, siendo las aristas y vértices muy redondeados pero, a pesar de todo, la pieza tiene una morfología sub-cúbica bien definida, al punto que con sus depresiones y estrías, presenta a primera vista el aspecto de un dado.

Cinco hoyuelos son bien definidos, uno de ellos alcanza apreciables dimensiones ( $25 \times 15$  mm.) y una profundidad de 5 milímetros; los cuatro restantes son poco profundos y de contornos imprecisos. La sexta cara del cubo en lugar de tener un hoyuelo propiamente dicho, es decir, una concavidad central más o menos profunda, presenta una suave depresión que abarca toda su superficie.

En varias partes, este objeto ha sido surcado por estrías de cierta profundidad producidas por una herramienta cortante. Estas incisiones parecen hechas al azar y sin propósito de modificar o complementar la morfología de la pieza. Más bien podría creerse que se ha aprovechado la estructura blanda y poco compacta de la arenisca en que ha sido confeccionada para afilar algún instrumento pequeño.

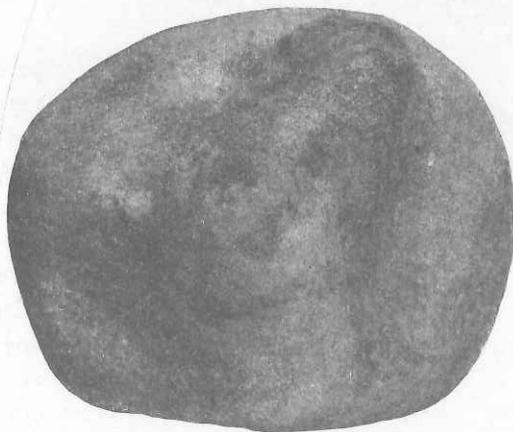


Fig. 14. —  $\pm \frac{1}{4}$ , (M. F. C. E.)

La pieza reproducida en la figura 15 presenta también dos caras planas de forma irregular, paralelas entre sí y cortadas por una superficie perpendicular ligeramente curva.

Ha sido confeccionada en cuarcita clara muy dura. En cada una de las caras planas existe una pequeña depresión casi imperceptible. La escasa



Fig. 15. —  $\pm \frac{1}{4}$

profundidad hace suponer que se trata de hoyuelos apenas comenzados. Sólo uno de ellos ha sido objeto de un trabajo de frotamiento, aunque muy rudimentario.

La forma irregular de la pieza, cuyas superficies planas se asemejan algo a una media luna, da lugar a la formación de dos extremos algo puntiagudos en los cuales se advierten ligeras fracturas análogas a las características huellas de trabajo que distinguen casi siempre a los martillos de piedra.

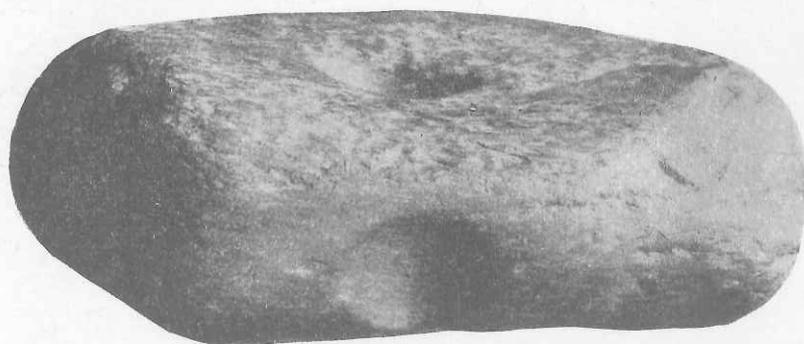


Fig. 16. —  $\pm \frac{1}{4}$

No sería aventurado incluir a este ejemplar, aun cuando no se trata de un objeto bien definido, entre el clásico tipo de martillos provistos de depresiones para facilitar su adaptación a la mano.

Procede del « cerro » de La Argentina.

Las figuras 16 y 17 muestran una pieza de morfología completamente irregular. Posee, como las anteriores, dos caras planas y paralelas entre sí,

de perímetro ligeramente pentagonal que da al conjunto un carácter más o menos poliédrico.

Como en los ejemplares anteriormente descritos presenta sendos hoyuelos en el centro de las caras planas que en este caso han sido perfectamente

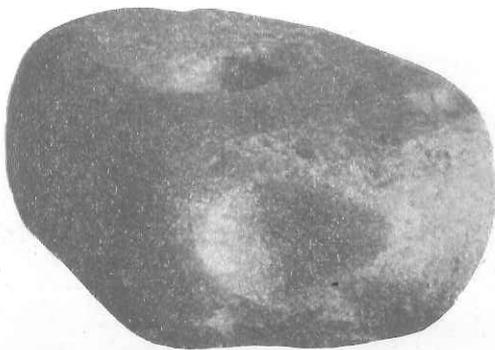


Figura 17

terminados ; sus bordes, dibujados con nitidez, son ovalados y los diámetros miden  $23 \times 17$  milímetros y  $22 \times 15$  milímetros, su profundidad máxima es de 6 y 5 milímetros, respectivamente.

Este pseudo-poliedro posee cinco planos laterales, dos de ellos bien defi-

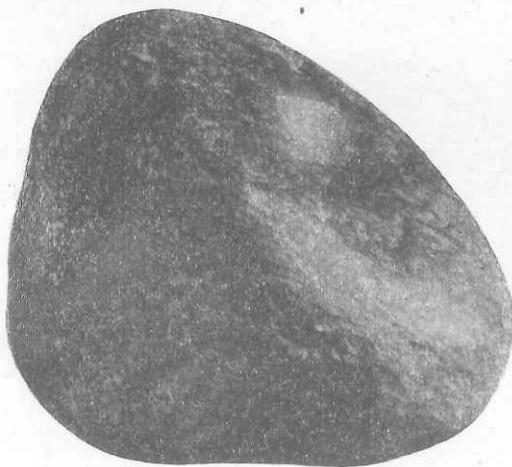


Fig. 18. —  $\pm \frac{1}{2}$ ,

nidos, los restantes apenas esbozados. En cada uno de los primeros se han labrado hoyuelos de características análogas a los de las caras planas, pero algo desdibujados y menos profundos. Otro hoyuelo apenas comenzado se advierte sobre uno de los planos toscos.

Los hoyuelos de las caras secundarias han sido prolijamente trabajados por frotamiento, hasta hacer su interior terso y pulido, los otros lo han sido tan someramente, que apenas se ha comenzado a borrar el trabajo de percusión.

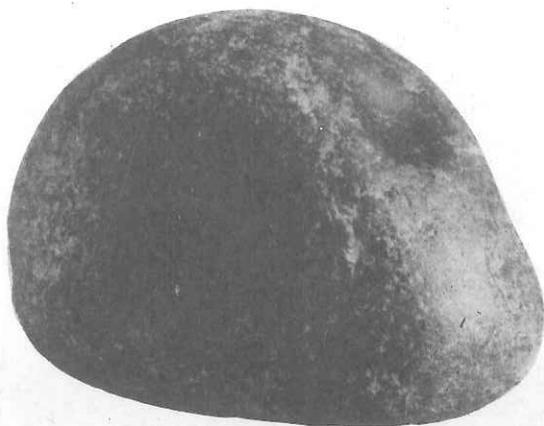


Figura 19

Otro cuerpo ligeramente poliédrico, completamente irregular, posee cuatro caras relativamente planas que se cortan en aristas muy redondeadas y, en cada una de ellas un hoyuelo poco profundo pero de amplio borde circular y cuidadosamente bruñido (figs. 18 y 19).



Fig. 20. —  $\pm \frac{1}{2}$

Ha sido confeccionado en una roca diabásica de superficie muy áspera que contrasta con el intenso pulido de los hoyuelos.

Procede de las inmediaciones de la estación Médanos del ferrocarril de Entre Ríos.

La pieza que aparece en la figura 20 tiene aspecto de paralelepípedo; dos

caras principales han sido regularmente trabajadas hasta hacerlas bien planas y paralelas entre sí, excavándose en ambas los típicos hoyuelos de que me vengo ocupando; uno de ellos bien definido y pulimentado, aunque de escasa profundidad; el otro tiene la particularidad de ser doble, como si se hubieran tallado dos concavidades tan próximas una de la otra que se hubieran confundido sobre uno de sus bordes.

Las otras caras sólo han sido esbozadas; dos de ellas, algo mejor definidas, presentan pequeños hoyuelos muy poco profundos.

Procede del « cerro » de La Argentina.

Otro ejemplar (fig. 21) es también ligeramente paralelepípedo. Como los anteriores presenta dos caras planas y paralelas, en cada una de las cua-

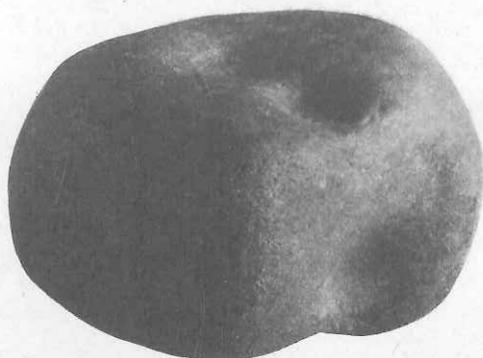


Fig. 21. —  $\pm \frac{1}{4}$ .

les se han formado hoyuelos dobles. En una se trata, simplemente, de dos depresiones próximas de dimensiones análogas que llegan a tener un borde común, en la otra, los dos hoyuelos, esbozados tan sólo, están tan próximos que se confunden formando una sola concavidad alargada con una separación interior apenas perceptible.

Este objeto posee una tercera cara plana y en ella se ha labrado también un hoyuelo.

En la fotografía que publico adviértese la primera cara descrita y esta última.

La figura 22 representa un ejemplar completamente asimétrico. Ha sido pulido por frotamiento a fin de formar superficies planas, con lo que sólo se han conseguido dos caras, en cada una de las cuales se ha esbozado un hoyuelo de escasa profundidad.

Procede del « cerro » de La Argentina.

Cuatro ejemplares, tan toscos que creo innecesario describirlos en particular, presentan un trabajo preliminar con tendencia al paralelepípedo y luego hoyuelos apenas esbozados, casi imperceptibles.

Un tosco fragmento de cuarcita pardusca presenta tres caras ligeramente planas, en las cuales se han excavado sendos hoyuelos, grandes, profundos y bien definidos. Uno de ellos es el más grande de la serie, mide  $20 \times 30$  milímetros y alcanza a 5 milímetros de profundidad.

En otras dos caras pequeñas se han esbozado también hoyuelos, apenas perceptibles (fig. 23).

Agregaré, para terminar, que un bloque de apreciable tamaño de arenisca rojiza ( $10 \times 8$  centímetros, aproximadamente) parece el fragmento de una

pieza de mayores dimensiones en que se hubieran labrado hoyuelos profundos y bien definidos. Sobre una de las caras que presenta un ligero alisamiento se ha excavado un hoyo hemisférico de 7 milímetros de profundidad y una abertura de 20 milímetros de diámetro. Sobre otra cara, algo

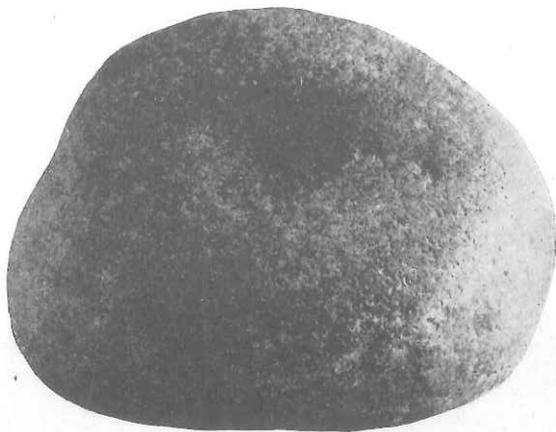


Fig. 22. —  $\pm \frac{1}{4}$

alisada también, se advierte la mitad de un hoyuelo que se ha dividido al fracturarse la roca.

Procede de Mazaruca.

El primero que entre nosotros señaló la presencia de hoyuelos en instrumentos de piedra fué Florentino Ameghino. Al ocuparse de las «Anti-



Fig. 23. —  $\pm \frac{1}{4}$

güedades indias de la Banda Oriental » estudió diversos objetos que presentaban hoyos o depresiones superficiales.

Primero menciona un tipo de pulidor que define así: « El pulidor consiste en una piedra circular con una superficie llana y otra convexa, aseme-

jándose a una bola algo aplastada partida por medio. La superficie plana es perfectamente lisa, debido a un continuo frotamiento; la superficie convexa está labrada algo imperfectamente y servía de asidero a la mano. Por término medio tienen unos 5 centímetros de diámetro y 4 de espesor, pero hay algunos ejemplares algo más grandes y otros mucho más pequeños. Uno de estos últimos tiene en su base o superficie llana 35 (3,5?) centímetros de diámetro y 4 de alto, formando su parte superior una superficie algo convexa, con una escotadura muy pulida en su borde, destinada a colocar el dedo índice, para de este modo asegurar mejor la piedra en la mano (5-I, pág. 403).

Luego, al ocuparse del posible empleo de los « pilones », se refiere a algunos ejemplares que presentan la particularidad de tener una *depresión artificial*: « Si realmente la superficie plana que forma su base—dice—es producida por un desgaste debido a un largo frotamiento, no les encuentro otro objeto posible que el de haber servido para ablandar pieles, untándolas con grasa y sobándolas en seguida fuertemente con esos rodillos de piedra que, por su forma, se prestan admirablemente a ese uso. Sin embargo hay una circunstancia que parece oponerse a admitir esta suposición, y es la depresión que algunos ejemplares presentan hacia el centro de la superficie plana que forma la base del cilindro. Si dicha superficie es realmente el resultado de un continuo frotamiento, ¿cómo se explica la presencia en el centro de esa misma superficie, de esa pequeña depresión artificial, y que como tal ha sido hecha indudablemente con algún objeto? ¿o serviría quizás para colocar la grasa o sebo destinado a suavizar las pieles? » (5-I, pág. 415).

Finalmente, al ocuparse de los martillos, señala la presencia del clásico tipo provisto de depresiones para facilitar su adaptación a la mano.

« Son piedras de forma más o menos circular u ovalada con dos superficies planas, asemejándose bastante, como decía el señor Nicour, a quesos pequeños y gruesos. Las dos caras de cada martillo tienen casi siempre en su centro una pequeña depresión, suficiente apenas para dar cabida a la yema de un dedo (5-I, pág. 417).

Como se ve, al ocuparse de los pulidores, Ameghino destaca uno que posee « una escotadura muy pulida en su borde, destinada a colocar el dedo índice para de este modo asegurar mejor la piedra a la mano ». Bien que el ilustre precursor no se refiera a un hoyuelo, propiamente dicho, sino a una escotadura, incluyo este instrumento entre los antecedentes de que me valgo para interpretar las piezas que estudio, porque he tenido oportunidad de ver diversos ejemplares análogos a los descriptos por Ameghino que presentan, en lugar de la mencionada *escotadura*, hoyuelos del mismo tipo de los que caracterizan a las piezas de que aquí me ocupo.

Creo interesante incluir en este trabajo un hermoso ejemplar procedente de Curtiembre en el departamento de Paraná de esta provincia.

Tiene la forma de una bola sub-esférica, algo aplastada para formar una

cara plana, y dos pequeñas depresiones sobre la superficie curva que tienen el aspecto — varias veces señalado — de fuertes presiones digitales ejercidas sobre una materia plástica. La superficie general de la pieza es áspera con señales evidentes de trabajo de percusión; la cara plana, en cambio, está intensamente pulida por el uso; las pequeñas concavidades son poco profundas pero muy bien definidas, conservan en su interior huellas de los golpes que las excavaron, un tanto disimuladas por un trabajo secundario de frotamiento, bien evidente en los bordes, ligeramente levantados a modo de labios (fig. 24).

Es posible suponer que estos hoyos hayan servido de puntos de apoyo a las yemas de los dedos índice y pulgar. En esta forma se sostiene perfectamente la

pieza en el extremo de los dedos, posición cómoda y eficaz para ejecutar con ella trabajos livianos o delicados, como amasar colores minerales o pulir alfarerías. En cambio, si el instrumento estuviera destinado a trabajos rudos, su manejo sería mucho más eficaz prescindiendo de tales puntos de apoyo y agarrando la pieza con toda la mano.

En este último caso habría que admitir que tuvo un doble destino, es decir,

que además de catalogarla como pulidor, habría que incluirla en la enigmática categoría de « piedra con hoyuelos ».

Abona en favor de esta última hipótesis otro pulidor provisto de hoyos que no pueden ser utilizados como puntos de apoyo para tomar la pieza.

Este instrumento (fig. 25) se asemeja a un cubo, bastante imperfecto, con sus aristas redondeadas. Una de sus caras, intensamente pulida y desgastada por el uso, define el instrumento. En la opuesta y en una de las laterales — vale decir, en dos caras que se cortan en ángulo recto — se han excavado sendos hoyos. Estos, fuera de duda, no facilitan el uso de la pieza que se maneja muy dificultosamente adaptando en ellos dos dedos.

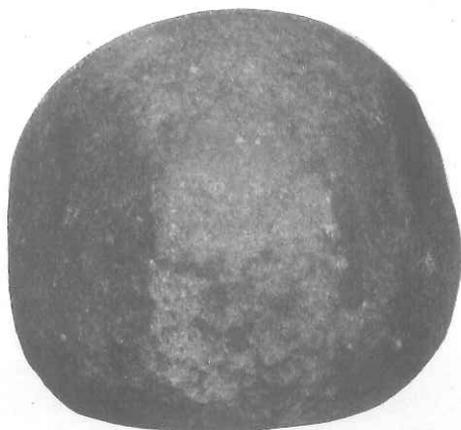


Fig. 24. —  $\pm \frac{1}{4}$ . (Colec. F. de A.)

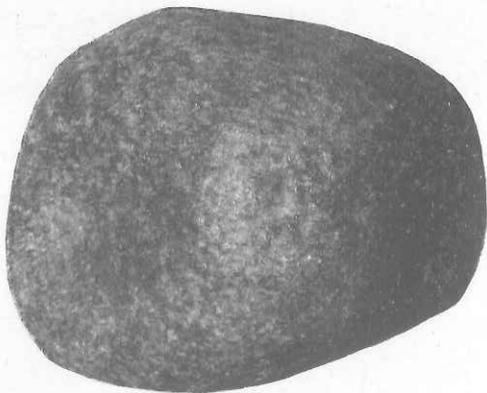


Fig. 25. —  $\pm \frac{1}{4}$ . (M. F. C. E.)

Es forzoso, pues, a mi juicio, considerarlo como un instrumento de doble uso.

Procede de la República Oriental del Uruguay.

Al ocuparse de los pilones, Ameghino no lo acertado a explicar, sino muy hipotéticamente, la presencia de los hoyos que complicaban aún más la interpretación de esos objetos, obscura de suyo. Acaso sea éste un nuevo elemento de juicio para suponer que la existencia de hoyuelos no está siempre relacionada con el destino principal de la pieza.

Es al referirse a los martillos que Ameghino ha tratado de piezas realmente análogas a las que estudio.

Describe nueve ejemplares, pero la deficiente descripción y la falta de ilustraciones propias de la época en que el autor escribía, hacen muy difícil el formarse idea exacta del tipo de pieza a que se refiere.

Todo hace suponer, sin embargo, que Ameghino tuvo en sus manos verdaderos martillos, pues más adelante agrega: «... además de su forma, hay otro hecho que viene a demostrar que ese era realmente el uso a que estaban destinados, y son las señales evidentes que conservan en sus contornos de haber recibido fuertes golpes, tanto que en algunos casos han saltado de los bordes grandes cascos irregulares, que han destruído completamente el instrumento » (5-I, pág. 421).

De la lectura del capítulo destinado a las « Antigüedades indias de la Banda Oriental » surge el convencimiento de que su autor no tuvo en las manos « piedras con hoyuelos » propiamente dichas. No hubiera escapado a su perspicacia la presencia de estos objetos sin morfología estable, sin empleo o destino evidente, sin rastro alguno de trabajo y que sólo se caracterizan por la presencia de los misteriosos hoyos (1).

José H. Figueira en su excelente y, por desgracia, incompleta monografía sobre arqueología uruguaya, no llegó a ocuparse de esta clase de restos que sólo menciona en el sumario de la parte faltante, bajo el título de « piedras con hoyuelos » (19).

He adoptado la denominación de Figueira porque me parece la más justa, por cuanto no indica el destino del instrumento y, al definirlo por su detalle morfológico característico, pregona ya su condición enigmática.

(1) He tenido oportunidad de observar varios martillos en diversas colecciones de arqueología uruguaya. Dos hermosos ejemplares sujetan las cuartillas que borronco y pareceme difícil confundir, en la mayoría de los casos, estos instrumentos que fueron ya perfectamente definidos por los viejos autores clásicos (18, cap. VIII y 36, pl. XXXI), con objetos de aspecto análogo. Fuera de los caracteres de rusticidad, propios del uso a que estaba destinada y, sobre todo, de las inconfundibles huellas dejadas por éste, es posible reconocer esta herramienta por su excelente adaptación a la mano y el perfecto equilibrio que se advierte al suspenderla, indispensable para realizar con ella un trabajo rítmico que dé eficacia al golpe.

Sin embargo, Figueira ha comprometido opinión aceptando la vieja hipótesis que considera estos objetos como trituradores de cocos (20).

A la opinión de Figueira han adherido, entre nosotros, Torres y Outes.

En la exploración realizada por estos autores en el cementerio de Mazaruca, en 1902, se encontraron los primeros ejemplares de « piedras con hoyuelos » descubiertos en territorio argentino. En los dos trabajos que publicara acerca de estas investigaciones, Torres se ha limitado a hacer referencia del hallazgo describiéndolo muy someramente (52-53).

Posteriormente, Torres descubrió tres ejemplares en el Delta medio (55, pág. 169).

Siguiendo a Figueira, único autor que cita a modo de antecedente, Torres adhiere a la divulgada especie de que estas piedras pudieran haberse empleado como trituradores de cocos: « Que esos hoyuelos pudieron haberse hecho para romper cocos — dice — parece indicarlo una serie de detalles observados en el lugar del hallazgo » (55, pág. 170). Sólo hace mención, en otro párrafo, a la circunstancia de que uno de los « trituradores » que describe fué encontrado « entre un gran amontonamiento de fragmentos de cocos quemados, y aun de cocos enteros » (55, pág. 169). Particularidad que subraya en el párrafo final diciendo que fué « encontrado entre fragmentos de cocos quemados y partidos ».

No especifica el autor, desgraciadamente, esa *serie* de detalles a que se refiere y las condiciones de hallazgo que enumera no abonan la hipótesis a que adhiere, tanto como parece suponerlo.

Junto a la pieza se han encontrado cocos *enteros* y, si, como dice el autor con toda razón, « sólo una sentida necesidad habrá hecho que esos indígenas se empeñaran en una tarea tan engorrosa, tan paciente como la que habrán exigido esos admirables hoyos esféricos fabricados en piedras durísimas » (55, pág. 170), no es fácil imaginar cómo los indígenas abandonarían *enteros*, cabe el propio instrumento de trituración, frutos que, naturalmente, deberían de gustar con avidez.

Ahora, en cuanto a « los fragmentos de cocos quemados » o a los « fragmentos de cocos quemados y partidos » no aclara el autor si se trata realmente de residuos de la trituración de cocos, es decir fragmentos de corteza arrojados al fuego o, simplemente, cocos parcialmente quemados y que aparecen « partidos » porque el fuego sólo los ha consumido en parte. Insisto en este detalle, aparentemente nimio, porque en las investigaciones realizadas en colaboración con Frenguelli, en la margen derecha del río Malabrigo, encontramos gran abundancia de cocos entre los restos de cocina del yacimiento, pero comprobamos — con gran sorpresa, porque el hecho es en verdad extraño — que en ningún caso presentaban señales de haber sido triturados para extraer el fruto. Así lo hizo constar Frenguelli en la parte pertinente de nuestro trabajo: « Los restos de cocina son frecuentes en todo el espesor de los yacimientos y especialmente en la proximidad de

la periferia de los montículos : pertenecen a vegetales y animales. Los primeros consisten en carbones y nueces de *cocos yatay* distribuidos sin orden, especialmente en la parte superior de la arena negruzca. Estos últimos probablemente no fueron utilizados como alimento sino como simple combustible; la mayor parte de ellos hállanse parcialmente quemados. Tanto éstos como los que no presentan vestigios de carbonización, nunca están partidos en forma de permitir la extracción de la semilla. En cambio, muchos de ellos están cortados transversalmente u oblicuamente, en una o en ambas extremidades, por roedores, cuyos dientes se observan siempre claramente grabados en la sección de la pared de los pequeños *cocos*. » (22, pág. 26).

Conviene recordar que el lugar explorado se denomina, y no en balde, Palmar de Malabrigo, nombre que se usa desde los primeros tiempos de la conquista (confr. 31, pág. 308).

Luego de abundar Torres en argumentos en favor de la hipótesis a que adhiere, termina insinuando una nueva interpretación personal : « Sobre el destino útil de estos hoyos conviene asimismo que indique la posibilidad de que hayan sido utilizados también para obtener el fuego, por el procedimiento de rotación. » (55, pág. 170) Esta hipótesis, a mi juicio, escapó a todo comentario.

Posteriormente Outes, al estudiar algunos restos atribuidos a la cultura guaraní, procedentes de la cuenca del Paraná inferior, ha considerado que las observaciones de Torres que acabó de analizar podrían comprobar la hipótesis emitida por Figueira : « las bien fundadas inducciones del distinguido especialista uruguayo don José H. Figueira, sobre el uso probable de las piedras con hoyuelos hemisféricos halladas en las estaciones permanentes y temporarias de la vecina República, parecen haberlas confirmado los hallazgos realizados, en los últimos tiempos, en el Delta paranaense. » (45, pág. 173).

Fuera del país, esta clase de restos ha sido señalada repetidas veces en el Brasil.

Ladislao Netto parece haberse referido a objetos de esta naturaleza, en forma muy vaga y sin indicar procedencia geográfica, emparentándolos con las hachas perforadas (confr. 38, pág. 492).

H. von Ihering se ha mostrado también, en alguna oportunidad, partidario de la hipótesis de la trituración de cocos. Al estudiar « A civilização prehistorica do Brazil meridional » se refiere a los supuestos trituradores bajo el título de « Quebra-nozes ». « Encontra-se frequentemente no Rio Grande do Sul — dice — pedras do formato de um pequeno queijo, com as duas superficies mais ou menos polidas, tendo no centro uma pequena cavidade do tamanho de uma ponta de dedo. Tem estas pedras em geral um diametro de 4 a 8 centímetros, raras vezes de 10 e mais. O seu uso era até bem pouco tempo ignorado, suppondo os investigadores que serviam para polir o barro na fabricação de vasos e outros utensilios ceramicos ». Luego

agrega: « O primeiro que deu a explicação exacta foi o fallecido doctor Carlos Rath apaixonado explorador da archeologia dos Estados de S. Paulo e Paraná, e que declarou ellas destinadas para abrir sementes de coqueiros. Esta explicação foi firmado por G. Koenigswald que entre os guaranis da costa de S. Paulo, domiciliados ao margem do Rio Preto viu usadas estas pedras como quebra-nozes. Uma pedra maior, tambem com a mesma cavidade foi collocado em baixo e a outra mais pequena servia para bater e quebrar a semente de palmeira. Tambem nos Sambaquis de S. Paulo são encontradas estas pedras » (24, pág. 69).

La « explicação exacta » del doctor Carlos Rath no pasa de ser una simple opinión, dada sin fundamento alguno: « No fundo e centro d'estes outeiros da primeira e segunda classe — dice, refiriéndose a los sambaquis — encontramos sempre ossadas humanas; e junto a ellas acha-se não pequeno numero de armas e utensilios feitos de pedras, como sejam, machados, pontas de lança, frechas, cunhas, virotos, argolas, massas, pitoes, mãos de pitoes, pedras chatas e concavas, bolas bem redondas e outras que poderian servir para fundas ou para abrir cocos, porque em algumas se observa que são chatas, e têm uma cova no centro feita necessariamente para este fim » (47, pág. 288).

La información del testigo ocular que presenciara el empleo del utensilio a modo de « quebra-noz » podría, en cambio, ser definitiva si reconocieramos en él condiciones para observar con exactitud y transmitir con sinceridad tan importante noticia. Sin embargo, la autoridad del testigo no ha de ser tan grande porque años más tarde, el mismo Ihering, reacciona contra su interpretación, basado en el testimonio de otro observador: « Tenho de mencionar afinal pedras em forma de queijo, munidas, em cada face, de uma covinha central, destinadas para collocar os dedos. Pedras desta ordem são encontradas por toda parte no mundo e designadas como pedras de martello. Entre nós eram conhecidas só pelo nome de quebra-nozes. O Sr. Dr. Francisco Gualberto encontrou uma destas pedras em uso na casa de um pescador, na costa de Santa Catharina. Esta observação confirma de modo interessante nossa interpretação dos objectos analogos prehistoricos » (25, pág. 540).

Interpretación que ratifica y precisa con mayores detalles en otra publicación casi contemporánea (26, pág. 570).

Años más tarde insiste en considerar como martillos estas piezas pero sin excluir su posible empleo como *quebra-nozes*: « Os machados pequenos serviam como facas ou machadinhas para trabalhos domesticos e em grande parte eram providos de cabo. Ao passo que uns no polo rhombo eram envolvidos em couro ou tecido, outros eram munidos, de cada lado, de uma covinha para as pontas dos dedos pollegar e index. As mesmas covinhas encontram-se tambem em pedras que tem a forma de um disco grosso ou de um queijo e que na archeologia norte-americana são denominada « harm-

merstones». Temol-os designado anteriormente em S. Paulo como «quebra-nozes», sendo provavel que as vezes tambien serviam a tal fim; mas que seu uso correspondia em geral mais ao de machadinhas e martellos, prova o facto da occorrença destas covinhas tambien em machadinhas polidas » (27, pág. 234).

Parece bastante difundida en el Brasil la hipótesis de la trituración de cocos. J. M. Paldaof, refiriéndose a algunos ejemplares recogidos en Río Grande, dice: « A explicação de Rath, respeito ao uso destas pedras é que ellas por certo eram trazidas das serras do Estado, pelos indigenas, para quebrar especialmente caroças de butiá, abundantissimos nas praias do Atlantico. Ha, ao contrario, alguns archeologos que pensam que estes artefactos (*quebra-nozes*) eram empregados na construcção das redes para pesca » (46, pág. 344).

Los martillos de piedra « na archeologia norte-americana são denominadas — sin duda — hammerstones », pero los arqueólogos norteamericanos suelen no confundir tan fácilmente los martillos con las enigmáticas piedras con hoyos, abundantes también en su territorio y a las cuales denominan « pitted stones » o « cupstones » y que, tanto aquí como allí, han sido congeturalmente interpretadas como posibles trituradores de cocos.

Ya Abbott, en su « Primitive Industry », dedica capitulo especial a instrumentos de esta índole. « Among the many stone objéts that are to be classed strictly as domestic utensils — dice — left by the former occupants of the Atlantic seaboard of North America, are certain slabs of hard stone, that have been deeply pitted in one or more places » (1, pág. 191).

Trátase de piezas aparentemente distintas de las que estudio pero, en realidad, sólo es una de las múltiples formas del mismo instrumento. Encuéntrase también en el Uruguay piedras con hoyuelos análogas a las mencionadas por Abbott y en la rica colección del señor Alejandro Gallinal, de Montevideo, he podido observar un ejemplar de esta índole con once concavidades sobre una sola cara.

Plantéase, luego, el viejo maestro americano el problema de su interpretación: « These pitted slabs are equally abundant in the southern states, and Col. C. C. Jones, jr., has given many reasons for believing that they were used as nut-cracking stones. He remarks, « their cavities are so located that one, two, three, four, five, and sometimes more nuts could be cracked at a single blow »; and as it is well known that our walnuts, chestnuts, shell-barks and even acorns were largely used as food, it is more than probable that this suggestion correctly explains the use of these implements » (1, pág. 192).

Però luego surge la duda natural, sugerida por la desproporción entre el esmerado trabajo del instrumento y el uso un tanto secundario a que se lo supone destinado, y termina adoptando un criterio ecléctico de múltiple uso.

No menciona Abbott, en este capítulo, piezas discoidales, pero al ocuparse de los clásicos martillos con depresiones para la adaptación de los dedos, repara que no todos presentan huellas de haber sido usados como tales: « These hand-hammers, as they are called, are usually flat pebbles, circular or oval in shape, with a well-marked depression in the middle of each side, generally known as « thumb and finger pits ». Many of these have no trace of battering about the edges, nor other marks of hard usage, while others distinctly show traces of use as hammers » (1, pág. 425).

Lógicamente puede suponerse entonces que tales objetos hayan tenido un destino distinto: « If it could be ascertained that in all that are so found there are no traces of use as hammers, it would indicate that they were intended for some other purpose. This is not improbable » (1, pág. 427).

Cita, luego, una opinión concordante del profesor Haldeman y agrega: « Occasionally there are found specimens of these hammers made of a soft sandstone, which would of course be valueless for flaking jasper. The object of these is difficult to determine, as they are too small and friable for use, even as nut-crackers; and indeed, their shape is not fitted for this or any ordinary purpose » (1, pág. 428).

Fowke en su « Stone art », justamente célebre, ocúpase de restos de esta índole bajo el título de « Cupped Stones »: « Conjecture and theory have had full sway in regard to the uses of cupped stones; but the question is apparently far from solution. There is a prevalent idea that they were used for cracking nuts; but why should an Indian make a large number of holes in a great many stones for such purpose? It is true there would be an advantage in having the nut stand on one end; but very few stones have depressions that will allow this » (21, pág. 91).

Abunda, luego, en consideraciones críticas acerca de la « nut-stone theory » con respecto a la cual se muestra escéptico y aun contrario.

Años más tarde, el mismo especialista, al redactar el artículo « cup-stones » del « Handbook of American Indias » de Hodge, ha insistido en su anterior interpretación que se hace aun más precisa y terminante: « There is a prevalent idea that they were used for cracking nuts in, for which reason the blocks are sometimes called nutstones; but only casual inspection is necessary to prove this belief incorrect. The holes are not often on the same level, and in any case it would be necessary to pick the stone up and turn it over each time it was used » (23-I, pág. 372).

Y añade: « Undoubtedly the real explanation awaits determination » (23-I, pág. 372).

Holmes que, en la misma obra, ha tratado el artículo « Problematical Objects », incluye las « cupstones » entre los objetos cuyo uso nos es desconocido (confr. 23-II, pág. 307).

Creo que pocas veces un objeto, aparentemente simple y falto de importancia, ha de haber presentado tantas dificultades de interpretación.

Resumiendo, a mi juicio el problema queda, por lo que respecta a las regiones del Plata, planteado así :

Primero : Existen instrumentos más o menos bien definidos — martillos, pulidores, pilones, etc. — que, subsidiariamente, presentan hoyuelos, accesorios quizás de la misma herramienta, a la cual pueden haber servido de puntos de adaptación para facilitar su manejo o, acaso, para otro fin que ignoramos.

Segundo : Algunas piezas análogas a las anteriores pueden interpretarse como objetos de doble uso, es decir, como si los hoyuelos no tuvieran más relación con el instrumento aparentemente principal que la de haber sido trabajados en el mismo fragmento de roca.

Finalmente : Existen piedras con hoyuelos que no presentan, fuera de éstos, ningún otro vestigio de su utilización por el hombre y, por consiguiente, el uso a que tales hoyuelos estaban destinados constituye el fin exclusivo del instrumento. Son estas las « piedras con hoyuelos » propiamente dichas.

Analizadas brevemente las principales interpretaciones de que ha sido objeto este curioso instrumento vemos que, lejos de poder sacar de ellas una conclusión definitiva, ésta hácese cada vez más difícil e inaccesible y tenemos que repetir con Fowke : *the question remains open*.

Los nuevos elementos de juicio que este estudio podría agregar son todos negativos y no hacen sino contribuir a demostrar que las hipótesis más difundidas son inconsistentes.

Refiérome especialmente a las observaciones realizadas en Malabrigo donde, a pesar de encontrarse cocos en gran abundancia, no pudimos ver uno solo partido, y al análisis de las piezas aquí descritas que no sólo poseen múltiples hoyos cuyo empleo simultáneo sería imposible, sino que presentan algunos ubicados de tal modo, que no habría medio de emplearlos como trituradores sino recurriendo a complicados artificios.

Si la interpretación de este instrumento resulta en extremo complicada, su área de dispersión geográfica parece, en cambio, bien definida, en esta parte de Sudamérica.

A estar a la información bibliográfica de que aquí puedo disponer, extiéndese por la costa del Atlántico, desde el estado brasileño de San Pablo hasta el río de la Plata, penetrando por éste hasta el Delta del Paraná y sur de Entre Ríos.

Ha sido señalado en San Pablo por Ihering (27) ; en Paraná y Santa Catalina por Rath (47) ; en Rio Grande por Paldaof y Ihering (46, 47 y 25) ; en el Uruguay por Ameghino (?) y Figueira (5 y 20) ; finalmente, entre nosotros, las piezas descubiertas por Torres y Outes, varias veces mencionadas, y las que estudio en la presente monografía.

Estos restos en territorio entrerriano son, naturalmente, exóticos. Su procedencia bien puede inferirse por la distribución geográfica que acabo de señalar.

No disponemos de elementos de juicio para establecer cual puede haber sido el centro de dispersión de este objeto, pero, a juzgar por la cantidad de ejemplares que figuran en las colecciones de arqueología uruguaya, inclínome a creer que sea en el vecino país donde se encuentre en mayor abundancia.

El origen uruguayo de las piezas aquí estudiadas resultaría confirmado, además, por los materiales empleados en su manufactura los cuales, en opinión del doctor Franco Pastore, es probable que procedan del Uruguay, en su gran mayoría, como puede verse en el cuadro adjunto. Y no es de extrañar que figuren en él rocas de otra procedencia porque la cantidad de piedra sin trabajar, encontrada en el yacimiento, prueba que los aborígenes transportaban material en bruto para elaborarlo allí y, por lo tanto, no sería extraño que en Ibicuy se reprodujeran, en piedra de la provincia de Buenos Aires, modelos importados del Uruguay.

CLASIFICACIÓN PETROGRÁFICA E INDICACIÓN DE LA PROCEDENCIA PROBABLE  
DE LOS MATERIALES

Figura 11	Roca volcánica básica con estructura de méfiro; de pasta fina y parda.....	Misiones
— 12	Arenisca clara, fina, dura y compacta.....	?
— 13	Cuarcita clara, densa, muy silíceo y dura...	?
— 14		
— 15	Cuarcita clara de grano menudo con feldespato y cemento muy silíceo; muy dura...	?
— 16	Esquisto cristalino anfibólico; de textura paralela fina; compacta y tenaz.....	Uruguay
— 18	Roca diabásica fina compacta y tenaz.....	Uruguay
— 20	Cuarcita parda fina muy silíceo y dura.....	?
— 21	Cuarcita blanca muy fina homogénea, bien cimentada y dura.....	Sudeste de la prov. de Buenos Aires
— 22	Cuarcita fina muy compacta y dura.....	?
— 23	Cuarcita pardusca, fina, compacta y dura...	Corrientes
—	a) Hornblendita (masa de anfíbol en cristales entrecruzados), pesada y muy tenaz.....	Uruguay
—	b) Diorita muy anfibólica.....	Martín García o la Colonia
—	c) Roca pigmática de un pequeño filón.....	Uruguay
—	d) Cuarcita muy silificada, muy heterogénea dura y frágil.....	Río Uruguay

BOLAS

*Bolas esferoidales con surco*

Dos bolas (\*) de este tipo figuran en la colección. Una de ellas (fig. 26) es un ejemplar cuidadosamente trabajado; es casi esférico y un surco me-

(\*) La denominación de «bola» — ha dicho Outes — es por demás impropia, pues los objetos que con ella se designan, no siempre son perfectamente esféricos, como deberían serlo dado el concepto que encierra aquella palabra (41, pág. 418, en nota). En toda su producción posterior emplea Outes la palabra bola entre comillas.

Así también, otros autores concienzudos, cuidadosos de su terminología eluden el empleo del término o adoptan el criterio del celebrado autor de *La edad de la piedra en Patagonia*.

Considero este escrúpulo no sólo excesivo, sino infundado.

La palabra bola en el Río de la Plata designa, con toda precisión, el instrumento de caza o de guerra que usaron los aborígenes de la región, perfeccionado e incorporado por el gaucho al instrumental del hombre culto y cuyo uso — exigido por el ambiente geográfico — ha persistido en nuestra campaña, a pesar de todos los adelantos e innovaciones modernos, habiéndose adoptado aun en el ejército nacional, como instrumento de ordenanza para el manejo de las caballerías.

La bola no es, por consiguiente, tan sólo un objeto arqueológico sino algo definitivamente incorporado a la vida civilizada del país y que necesita, por lo tanto, una palabra que lo designe.

El término bola denomina no sólo el instrumento completo, — en cuyo caso se lo usa siempre en plural y es sinónimo de boleadora, — sino también cada uno de los elementos pesados que lo integran, cualquiera que sea su forma y la materia en que estén confeccionados.

La idea de morfología que sugiere el vocablo, sólo tiene valor para explicar el origen del nombre por el predominio de la forma esférica entre las bolas, pero ello no obsta para que la palabra pueda extenderse a las de otra forma, así como no exige la Academia — pongo por caso — que sean álamos los componentes de toda alameda.

Concoloncorvo y don Diego de Alvear, los primeros que mencionan esta arma en manos de gauchos, emplean ya el término bolas y la denominan siempre de este modo (14, pág. 30 y 2, 318).

El término, antiguo, por lo tanto, en más de un siglo, ha tenido en nuestras campañas una difusión sólo comparable a la de las palabras que indican las cosas más necesarias para la vida.

Todos nuestros escritores lo han usado sin ambages, admitiendo siempre la sinonimia de bolas y boleadoras y empleando, exclusivamente, la palabra bolazo para indicar el golpe dado con tal arma.

De modo pues, que aunque el calepino oficial que se ha enriquecido últimamente con cantidad de «argentínismos» cuyo significado ignoramos a menudo los argentinos, no haya agregado esta acepción a las nueve que registra para la palabra bola, tiene ella, de antiguo, consagración harta más autorizada, por su arraigo secular en el léxico de un pueblo numeroso y extendido en una considerable área geográfica que la cuenta entre sus términos más corrientes y porque todos los escritores nacionales la han admitido en el lenguaje culto de sus escritos.

Creo, por lo tanto, que la palabra tiene derecho a circular libremente en nuestras producciones científicas, sin necesidad de paletearla entre un par de comillas.

ridiano, poco profundo pero netamente dibujado, lo divide en dos hemisferios.

La esfericidad casi perfecta de la pieza rómese en uno de los extremos del eje de revolución, formando un pequeño abultamiento polar con el cual se consigue dar al surco, en este sitio, una profundidad mucho mayor que en el resto de su carrera, destinada, evidentemente, a fijar allí el nudo del cordel evitando de este modo que pudiera zafarse con el uso. Trátase de un recurso análogo al observado por Outes en algunas «manijas» patagónicas que, contrariamente a la pieza que estudio, están provistas de una depresión polar (41, pág. 422).

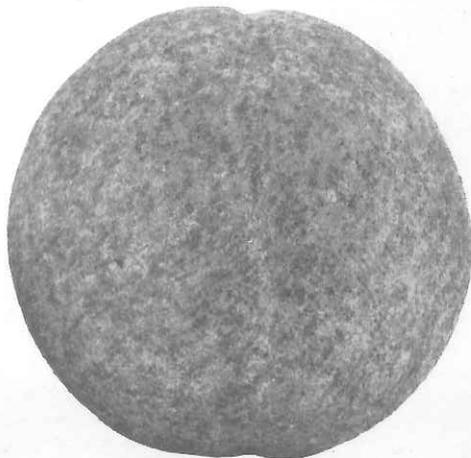


Fig. 26. —  $\pm \frac{1}{4}$

La granulosidad fina de la roca ha permitido obtener, sin llegar a un pulimento, propiamente dicho, una superficie lisa muy suave al tacto.

Mide 63 milímetros de diámetro. La profundidad del surco, insignificante y variable, no puede apreciarse; su ancho medio oscila alrededor de 3 milímetros. Pesa 225 gramos.

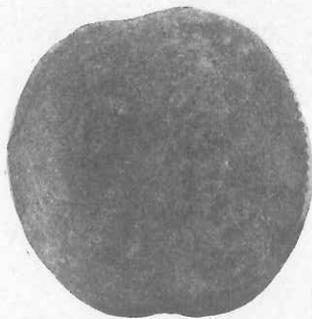


Fig. 27. —  $\pm \frac{1}{4}$

Ha sido encontrada en La Argentina entre los pajonales costaneros.

La otra bola a que he hecho referencia es muy pequeña y completamente irregular (fig. 27). Parecería un ejemplar inconcluso. Adviértese que primero fué cilíndrico, luego se han redondeado los planos de las bases hasta hacerlos convexos; el surco tiene el aspecto de estar solamente comenzado, su profundi-

dad es insignificante y se advierten claramente incisiones producidas por un instrumento afilado. Sus dimensiones son : diámetro mayor 39 milímetros; diámetro menor 38 milímetros; peso 95 gramos.

Ha sido encontrada entre los pajonales de Mazaruca.

#### *Bolas esferoidales sin surco*

Dentro de la colección que estudio esta es la variedad que está representada en mayor número.

Tres ejemplares de gran tamaño, casi iguales, sólo se diferencian por la mayor o menor perfección de su trabajo. La figura 28 representa al que podemos considerar típico.

Es una bola esférica, perfecta, la superficie ha sido cuidadosamente alisada sin llegar a un verdadero pulimento.

Tiene 79 milímetros de diámetro y alcanza el respetable peso de 605 gramos.

Otro de los ejemplares a que he aludido presenta el mismo grado de alisamiento pero su forma es mucho menos definida. Conserva aún una

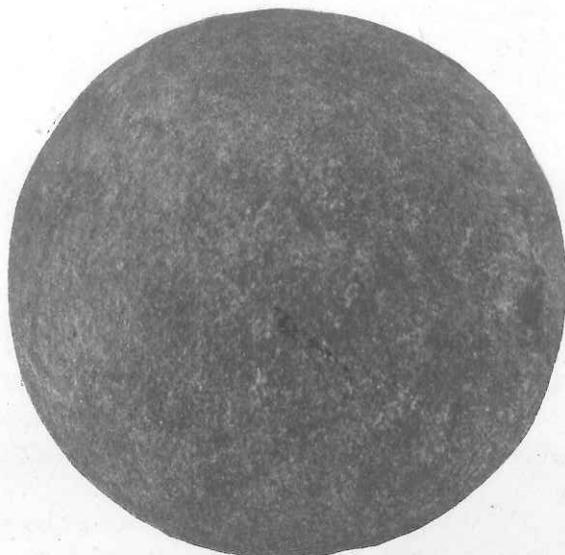


Fig. 28. —  $\pm \frac{1}{4}$

sección algo plana, resto de la superficie natural del nódulo en que fuera tallada,

Tiene 76 milímetros de diámetro y pesa 520 gramos.

Finalmente, el tercero, más tosco aún, conserva no sólo pequeñas porciones planas, sino también numerosas concavidades de la superficie natural de la roca en que fuera trabajada.

Mide 79 milímetros de diámetro y pesa 600 gramos.

El ejemplar reproducido en la figura 29 es notable por su peso, extraordinario en relación a su tamaño. Su forma es la de un esferoide muy irregular y su superficie muy áspera, casi sin pulimento alguno.

Mide 68 milímetros de diámetro y pesa 580 gramos.

La bola que presento en la figura 30 ha sido peor tallada aún, pero presenta una superficie cuidadosamente pulida.

Mide 63 milímetros de diámetro y pesa 350 gramos.

Dos ejemplares muy toscos cierran la serie de este tipo de bola. Como los anteriores, han sido confeccionados persiguiendo la forma esférica que sólo excepcionalmente alcanza el artífice indígena aunque a veces, justo es confesarlo, llega a una perfección realmente asombrosa.



Fig. 29. —  $\pm \frac{1}{1}$

Ambos son relativamente pequeños, sus diámetros máximos alcanzan a 56 y 53 milímetros y sus pesos a 214 y 151 gramos, respectivamente.

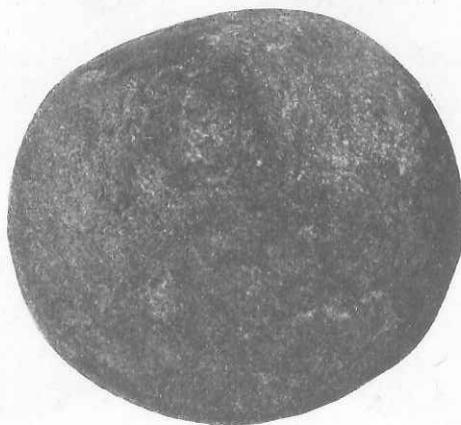


Fig. 30. —  $\pm \frac{1}{1}$

Todas las bolas descritas en este acápite proceden de los pajonales que se extienden sobre la margen del Paraná Pavón, entre Mazaruca y La Argentina.

*Bolas elipsoidales*

Los tres ejemplares de esta forma de que dispongo están provistos de un surco bien definido que pasa por los extremos de su eje mayor.



Fig. 31. —  $\pm \frac{1}{4}$ ,

Uno de ellos, realmente magnífico (fig. 31), ha sido tallado en anfibolita verde con vistosas vetas de cuarzo y feldespato.

Sería un elipsoide perfecto si en uno de los extremos del eje de revolución no se hubiera excavado una pequeña concavidad—bien visible en la foto-

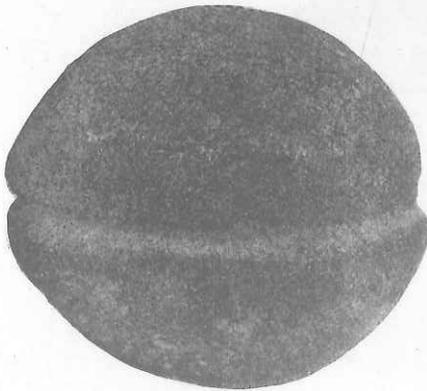


Fig. 32. —  $\pm \frac{1}{4}$ ,



Fig. 33. —  $\pm \frac{1}{4}$ ,

grafía—que aumenta, en ese punto, la capacidad del surco, ancho y profundo de suyo, y permite contener con mayor eficacia el nudo del tiento.

Ha sido primorosamente pulida hasta darle una superficie suave y tersa.

Sus dimensiones son: ejes, 61 y 56 milímetros; ancho del surco: 9 milímetros; profundidad: 1,5 milímetros, aproximadamente. Peso: 275 gramos.

Los otros dos ejemplares son, también, de rara perfección. Ambos son elipsoides casi perfectos, circundados por bien definidos surcos que pasan por los extremos del eje de revolución. En uno de éstos presentan las dos piezas sendas protuberancias, destinadas al mismo fin que la concavidad mencionada al describir la bola anterior.

Ambas han sido prolijamente pulidas hasta hacerlas suaves al tacto, a pesar de la aspereza natural de las rocas en que han sido talladas. Sus dimensiones son, figura 32: ejes, 53 y 48 milímetros; ancho del surco, 5 milímetros; profundidad aproximada: 2 milímetros, figura 33: ejes, 57 y 49 milímetros; ancho del surco 4 milímetros; profundidad aproximada, 2 milímetros. Pesan 187 y 185 gramos, respectivamente.

#### *Bolas ovóideas*

Figuran, dentro de la serie que estudio, cuatro ejemplares en cuya ejecución el artífice indígena ha perseguido, sin duda, la forma del ovoide. Dos de ellas (figs. 34 y 35), son sólidos de revolución.

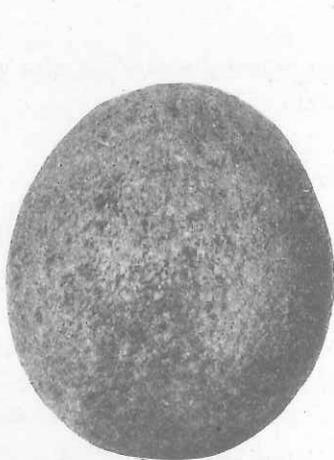


Fig. 34. —  $\pm \frac{1}{2}$ ,

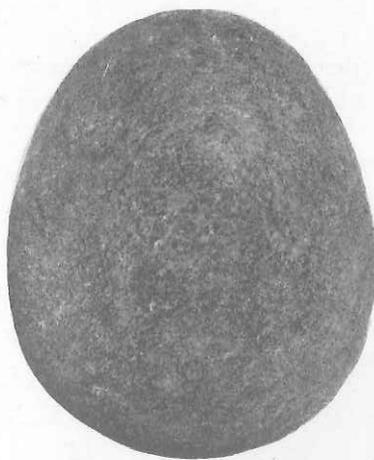


Fig. 35. —  $\pm \frac{1}{2}$ ,

El primero mide 51 milímetros en su eje de revolución; ha sido tallado hábilmente, pero la superficie está casi sin pulir. Pesa 115 gramos.

El otro ha sido también modelado con acierto, su forma se asemeja bastante a la del anterior, pero es un tanto más romo o aplanado. El pulimento es más completo. Mide 60 milímetros en el eje de revolución. Pesa 172 gramos.

Las bolas reproducidas en las figuras 36 y 37 han sido, sin duda, confeccionadas persiguiendo la misma forma, pero son de tal modo bastas que muy posiblemente se trata de piezas inconclusas.

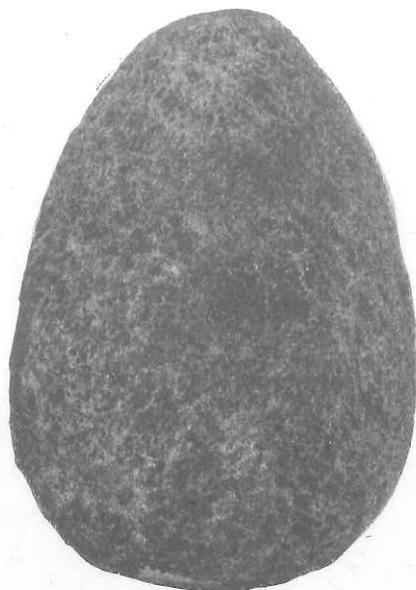


Fig. 36. —  $\pm \frac{1}{4}$ .



Fig. 37. —  $\pm \frac{1}{4}$ .

Una de ellas alcanza 77 milímetros en su mayor dimensión y pesa 275 gramos. El otro 68 milímetros y pesa 224 gramos.

#### *Bolas cúbicas*

Sólo un pequeño ejemplar ha sido tallado en forma de cubo. El sólido dista de ser perfecto pues las aristas y vértices han sido intensamente redondeados. Sin embargo, el aspecto cúbico es evidente porque las seis caras son bastante planas, de dimensiones análogas y relativamente paralelas dos a dos (fig. 38).

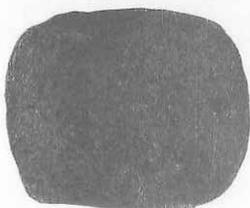


Fig. 38. —  $\pm \frac{1}{4}$ .

#### *Manijas*

Considero difícil, sino imposible, establecer categóricamente el límite para clasificar una bola como « manija » o como bola, propiamente dicha.

Siendo las dimensiones de las bolas, de tal modo variadas que es posible formar series de gradación imperceptible, desde las mayores hasta las más pequeñas, considero imposible plantar, dentro de esa serie, el jalón divisorio entre bolas y manijas.

Sólo podrían clasificarse con seguridad los ejemplares extremos, es decir, los más grandes y los más pequeños; pero, en los de tamaño mediano sería aventurado decidir si fueron empleados como manijas de una boleadora para caza mayor o jugaron papel principal en otra destinada a animales pequeños.

Morfológicamente acaso podrían sentarse algunas normas, pero para ésto sería menester analizar una larga serie.

Es evidente que las industrias líticas del territorio argentino — excepción hecha de la Patagonia — no han sido aún definidas en sus rasgos esenciales, estableciéndose tipos característicos para cada región.

Así, a pesar de la gran cantidad de bolas recogidas en la provincia de Buenos Aires y toda la región pampeana, nadie ha fijado hasta hoy los tipos estables peculiares de esa vasta zona geográfica.

El número de bolas de que Outes pudo disponer para el estudio de este resto dentro del instrumental patagónico, es, sin duda, escaso para establecer tipos definitivos. Sin embargo él mismo ha dejado constancia de que los autores que le han precedido, Moreno, Lista, Del Lippo y Vernau sólo citan ejemplares pertenecientes a los tipos que establece, excepción hecha de algunos aberrantes a que Vernau hace referencia (41, pág. 418).

En el Uruguay — que es acaso la región que mayor número de bolas ha suministrado — tampoco se ha realizado ningún estudio de sistematización. Sólo se han dado a conocer algunos ejemplares que ilustran las notas etnográficas que Figueira incluyera en el Diccionario geográfico de Araujo, (10, palabra: charrúa) y otros, muy mal representados, que publicara Leguizamón en su conocido trabajo sobre el origen de las boleadoras y el lazo (29).

Las series de bolas que he podido examinar en diversos museos, sugieren la posibilidad de llegar a establecer tipos característicos para diversas regiones geográficas, al menos para aquellas donde el curioso instrumento adquirió mayor difusión.

Realizado ésto, sería fácil referir a ellos el material procedente de regiones donde la bola aparece como un elemento importado, sea por falta de elementos para confeccionarlo como en Entre Ríos, sea porque el estudio del instrumental arqueológico de la región nos lleve al convencimiento de que la bola figura en él como un objeto incorporado, tal como sucede en las sierras de Córdoba y San Luis.

Outes ha señalado, con su habitual eficacia, el área de dispersión de la bola: « En el momento histórico del descubrimiento de las regiones cisplatinas, cuatro grandes agrupaciones étnicas usaban como arma de guerra y de caza, la « bola perdida ». Los indígenas beguáes que habitaban el litoral oriental del río de la Plata, desde el cabo de Santa María quizá hasta el río Santa Lucía o más al noroeste, con quienes los descubridores portugueses tuvieron ocasión de entrevistarse en 1530 y en 1531, usaban una « bola »

sujeta a una correa de un metro y medio de largo y la otra extremidad adornada con una borla de plumas. Los charrúas encontrados en San Gabriel y el río San Juan por los conquistadores españoles, usaban « bolas » arrojadizas, y las tribus querandíes que habitaban los territorios de la margen derecha del río de la Plata, desde el río Salado hasta el Carcarañá empleaban también el arma mencionada. Destruídos los querandíes en las luchas sangrientas que mantuvieron con los conquistadores y por el régimen brutal de las « encomiendas », las tribus de puelches que habitaban al sur y al oeste del territorio en que vivían aquellos indígenas, avanzaron hacia Buenos Aires y frecuentaron en más de una ocasión el villorrio reconstruido por Juan de Garay. En una de esas visitas, realizada en 1599, el gobernador de las provincias del Río de la Plata, Diego Rodríguez Valdez y de la Banda, pudo observar que los indígenas usaban para cazar guanacos la « bola perdida », en igual disposición que la empleada por los charrúas, beguáes y querandíes. Es evidente, pues, que los Patagones en su contacto con los puelches, adoptaron el uso de la « bola arrojadiza ».

Establecidos los antecedentes históricos del uso de la « bola perdida », voy a ocuparme de los hallazgos arqueológicos verificados hasta el presente.

En la provincia de Buenos Aires, se encuentran « bolas » enteras o fragmentadas hasta en los depósitos infraneolíticos (época mesolítica del Dr. Ameghino). En los *kultur lager* más recientes, las formas que predominan son la esférica y ovoide, con o sin surco, pero jamás se han encontrado ejemplares tan grandes como los hallados en los alrededores de los lagos Colhué-Huapí y Musters y a que me he referido en esta memoria. Además, se han señalado algunas piezas con surcos ecuatoriales o meridianos no muy profundos.

Al este de la República Argentina, desde el Delta paranaense hasta el límite norte de Formosa, no se encuentran « bolas », ni en los enterratorios ni en las estaciones permanentes o temporarias; es indudable que los pueblos de los bosques no la utilizaron el arma de que me ocupo.

En cambio, en la zona oeste hasta la latitud de la capital de la provincia de Córdoba, se las encuentra con frecuencia, lo que no es de extrañar, si se recuerda que fué territorio ocupado por los puelches. Más al norte, en las provincias de San Juan, Rioja, Córdoba (norte), Catamarca, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy se suelen señalar aunque por lo general deben considerarse como hallazgos aislados. Sus formas son más bien ovoides o elipsoidales.

En la República del Uruguay se encuentran multitud de « bolas » desde la forma simplemente redondeada hasta las complicaciones más bizarras (41, pág. 427).

Rivet ha trazado un cuadro muy completo del probable empleo de la bola en toda América, así como de la presencia de objetos análogos destinados a usos diferentes (56, pág. 177).

Nordenskiöld, en un rápido trabajo de síntesis, ha esbozado una distribución suscita por demás, del empleo actual de la bola: « Dans l'Amérique du Sud nous trouvons encore la *bola* chez les tribus de la pampa argentine, au Chaco, dans les Andes jusqu'à l'Equateur et dans le Brésil méridional » (39, pág. 21). Distribución que posteriormente ha precisado y complementado con gran acopio de información (40, pág. 45).

La distribución de Outes podría modernizarse, en ciertos detalles: los ejemplares que aquí estudio rectifican su afirmación relativa al « este de la República Argentina desde el Delta paranaense hasta el límite norte de Formosa » (1); en la región serrana de Córdoba, según lo he comprobado en otra oportunidad (8), la bola es extraordinariamente abundante (2); así también en la región serrana de San Luis donde he recogido numerosos ejemplares que en breve daré a conocer.

Las bolas que estudio en la presente memoria, encontradas fuera de las grandes zonas de dispersión y en lugares donde faltan en absoluto los materiales en que están fabricadas, son, fuera de toda duda, exóticas.

Tipológicamente no es posible rastrear su origen puesto que, lo hemos dicho, faltan los estudios que establezcan tipos estables, definitivos, característicos de cada región.

Los materiales en que han sido fabricadas permiten suponer, de acuerdo con la autorizada opinión del doctor Franco Pastore, que su presencia en el lugar se debe a una doble vinculación de los pobladores del Ibicuy con los del Uruguay, por un lado, y con los de la provincia de Buenos Aires, por otro.

Sin embargo, al hacer la exégesis de todo el material estudiado, creo poder aportar elementos de juicio para demostrar que la industria lítica de este yacimiento es, fundamentalmente, de origen uruguayo. Sin perjuicio de admitir relaciones comerciales, más o menos permanentes, con núcleos de la provincia de Buenos Aires que aportarían, sobre todo, materia prima.

(1) La rectificación es más aparente que real. Sólo quiero dejar constancia, porque esto fundamenta la tesis sostenida en este trabajo, de que los hallazgos de bolas son frecuentes en territorio entrerriano. Pero esto — de acuerdo con la interpretación que doy en el capítulo pertinente — no modifica el concepto fundamental de Outes: « es indudable que los pueblos de los bosques no utilizaron el arma de que me ocupo ». Antes, por el contrario, entiendo que éste queda confirmado una vez más, con las conclusiones a que llego en el presente trabajo.

(2) La presencia de bolas dentro del instrumental netamente serrano de los aborígenes de la región montañosa de Córdoba sólo puede explicarse por su contacto con los pueblos de la pampa, como creo haberlo demostrado anteriormente (8).

CLASIFICACIÓN PETROGRÁFICA E INDICACIÓN DE LA PROCEDENCIA PROBABLE  
DE LOS MATERIALES

Figura 26	Roca volcánica básica algo alterada con estructura de meláfiro; de pasta menuda compacta y tenaz.....	?
— 27	Arenisca ferruginosa fina y compacta.....	?
— 28	Cuarcita blanca fina y homogénea.....	Sudeste de la prov. de Buenos Aires
—	a) Cuarcita de grano menudo homogénea y dura.....	Íd.
—	b) Cuarcita de grano menudo con pequeños rodados.....	Íd.
— 29	Hornblendita (masa de grandes cristales de anfíbol entrecruzados); roca metamórfica muy pesada y tenaz.....	Uruguay
— 30	Roca gábrica, granosa, menuda, compacta, pesada y tenaz.....	Uruguay
—	e) Cuarcita de grano menudo, homogénea y dura.....	Sudeste de la prov. de Buenos Aires
—	d) Cuarcita amarillenta fina estratificada....	?
— 31	Anfibolita con vetas de cuarzo y feldespato..	Uruguay
— 32	Meláfiro fresco negro de pasta afieltrada compacta.....	Uruguay, Misiones o Corrientes
— 33	Meláfiro de pasta afieltrada compacto.....	Íd.
— 34	Cuarcita de grano menudo, bien cimentada y dura.....	?
— 35	Cuarcita fina, bastante homogénea y dura..	?
— 36	Roca volcánica básica de pasta porosa, pesada y tenaz.....	Uruguay
— 37	Cuarcita micácea casi nada esquistosa.....	Uruguay
— 38	Cuarcita de grano fino estratificada, dura...	?

MORTEROS

La figura 39 presenta una curiosa pieza. Trátase de un objeto de doble uso: mortero y mano, simultáneamente. Es un cuerpo cuya forma podría compararse con una pirámide cuadrangular truncada cuya base, plano truncado y aristas se hubieran redondeado fuertemente. La base es hemisférica, presenta el característico desgaste ocasionado por el uso que distingue a los majaderos; la forma general del instrumento lo hace fácilmente adaptable a la mano, cómodo y adecuado para moler.

En una de las caras de esta pseudo-pirámide se ha excavado un pequeño mortero, muy poco profundo, apenas definido, con una boca ligeramente

circular de cuatro centímetros de diámetro. Presenta el aspecto de una leve depresión cóncava muy pulida por el uso. La cara opuesta, es decir, la que le sirve de base, ha sido intensamente aplanada por frotamiento a fin de

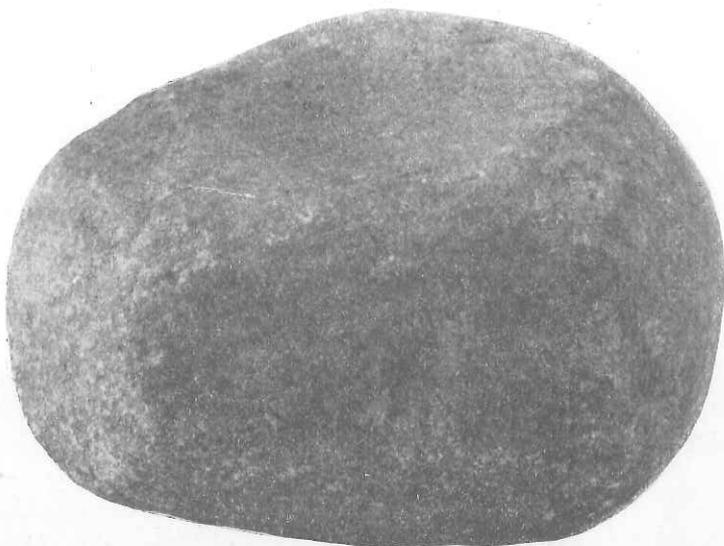


Fig. 39. —  $\pm \frac{1}{4}$ ,

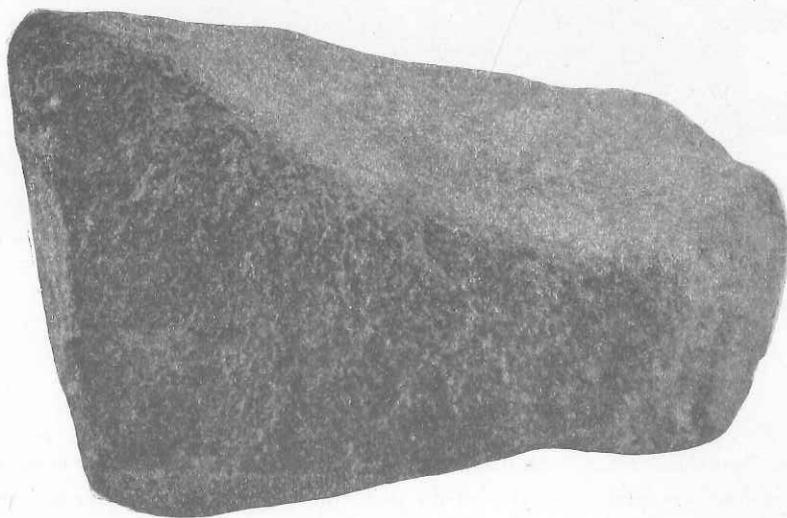


Fig. 40. —  $\pm \frac{1}{4}$ ,

asegurar la estabilidad del pequeño mortero que tiene así un asiento perfecto.

Ha sido tallado en cuarcita menuda con finos rodados, bien cementada y dura, procedente, quizá, del sudeste de la provincia de Buenos Aires.

Un fragmento de diabasa de grano fino (fig. 40), conserva parte de una superficie cóncava muy pulida que, evidentemente, constituyó el interior de un mortero. La sección es, desgraciadamente, pequeña y nada puede inferirse acerca de la forma de la pieza cuyo es el resto que mencionamos. Adviértese, sin embargo, que fué cuidadosamente trabajado, no sólo en el interior sino también en la base y en la superficie externa.

La roca en que fuera trabajado procede probablemente del Uruguay.

#### OBJETOS VARIOS

##### *Raspador*

Entre el material reunido por el señor Van der Veen figura una apreciable cantidad de escallas de sílex, cuarzo, calcedonia, etc., que presentan no sólo los caracteres típicos de los residuos de taller, sino también algunos ligeros retoques secundarios. Sin embargo, una sola pieza puede considerarse como un instrumento terminado y bien definido. Refiérome al pequeño raspador que representa la figura 41. Es ligeramente rectangular; su ápice, un tanto redondeado, ha sido objeto de un fino trabajo de retoque que afecta sólo la cara externa, por medio del cual se ha obtenido un enérgico filo en bisel. El retoque se ha extendido levemente por los lados para acentuarse nuevamente en la base que conserva, sin embargo, muy evidentes los caracteres típicos primarios, en la cara interna.

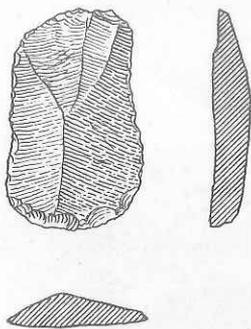


Fig. 41. — 1/1

Morfológicamente, el pequeño instrumento es, por consiguiente, de facies musteriense.

Ha sido trabajado en cuarcita granosa gruesa.

##### *Objetos de dudosa clasificación*

Figuran dentro de esta colección algunos objetos de difícil clasificación. Mencionaré, en primer término, dos pequeñas piezas de aspecto muy semejante que, a primera vista, podrían considerarse como bolas muy mal definidas.

Una de ellas (fig. 42), presenta vestigios claros de un surco apenas comenzado y, como dos fracturas modernas impiden apreciar la forma total de la pieza, podría suponerse que se trata de una pequeña « manija » ligeramente esferoidal, pero tórnase dudosa esta interpretación a causa de una

apreciable concavidad semejante a los hoyuelos que distinguen a las piezas estudiadas en el acápite primero de este capítulo.

La otra (fig. 43) es aún más difícil de interpretar. Reune todos los caracte-



Fig. 42. —  $\pm \frac{1}{4}$



Fig. 43. —  $\pm \frac{1}{4}$

res de una pequeña bola cúbica y en dos de sus caras se han excavado sendos hoyos, poco profundos pero bien evidentes.

Ha sido trabajado en cuarcita de grano fino estratificada.

Una pieza de forma completamente irregular (fig. 44), muestra una fuerte

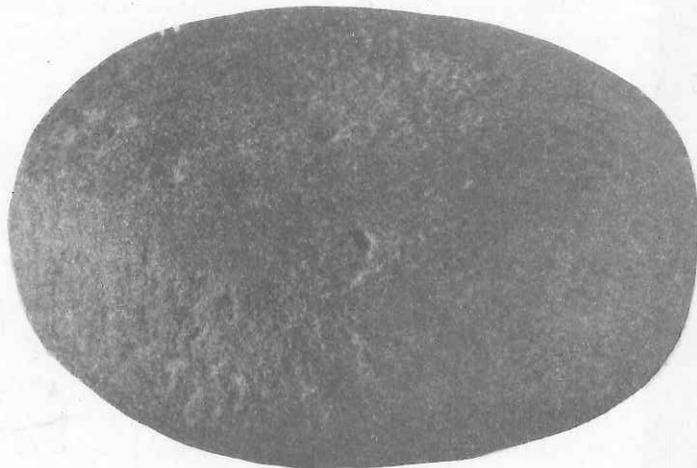


Fig. 44. —  $\pm \frac{1}{4}$

concavidad producida por percusión, muy semejante a la de los clásicos yunques del litoral bonaerense, pero como en toda la superficie se observa un minucioso trabajo de talla es más acertado suponer que se trata de una piedra con hoyuelos en vías de confección.

*Restos de taller, acumulación de materiales, etc.*

Fuera de los residuos de taller ya mencionados se ha extraído también de estos yacimientos una apreciable cantidad de rodados y fragmentos de

roca, especialmente algunas variedades de cuarcita, areniscas, calizas, etc.

La mayoría de estas piedras presentan astilladuras o superficies pulidas, pero sus caracteres son tan toscos que no es posible afirmar que ellas sean el testimonio de un trabajo deliberado, menos aún que se trate de instrumentos propiamente dichos.

Sin embargo, su presencia en un lugar donde la piedra falta en absoluto debe ser señalada; su transporte ha sido, sin duda ninguna, intencional y demuestra que existió allí un verdadero taller lítico.

La procedencia que el doctor Franco Pastore supone a esas rocas es análoga a la indicada con respecto a los materiales en que están confeccionados los instrumentos antes analizados: Uruguay, sudeste de la provincia de Buenos Aires, Corrientes, Misiones, etc.

Con respecto a una caliza cristalina de color chocolate, el señor director del Museo nacional de historia natural, profesor Martín Doello Jurado ha tenido la gentileza de ratificar su procedencia en estos términos: «Creo que puede precisarse más, asegurando que se trata de las conocidas calizas de Sierras Bayas u otro punto de Olavarría, donde personalmente las he examinado en 1924. Son completamente iguales y no se conocen de otras sierras.»



Fig. 45. —  $\pm \frac{1}{2}$ ,  
(M. F. C. E.)

## Instrumentos de hueso

### PUNTA DE JABALINA

En el curso de las investigaciones efectuadas en La Argentina tuve la fortuna de encontrar dos interesantes objetos de hueso.

Defino uno de ellos (fig. 45) como punta de jabalina. Ha sido trabajada en un fragmento de diáfisis; el hueso conserva en la base su sección natural; en la parte superior ha sido cortado en bisel a fin de dejar sólo una pequeña porción de su superficie que se ha apuntado y alisado hasta hacer de él un instrumento muy agudo y realmente penetrante. El canal medular ha sido agrandado en la base dándole una forma cónica, evidentemente buscada para conseguir una mejor adaptación al ástil.

Puntas de esta clase han sido encontradas por Zeballos y Pico en el famoso túmulo de Campana, (57 y 54, pág. 81) y por Torres en varias localidades del Delta del Paraná (55).

La pieza descrita mide 105 milímetros, longitud que conceptúo excesiva para considerarla punta de flecha.

Outes estableció la medida de 70 milímetros como límite entre las puntas de flecha y de jabalina para el instrumental lítico (41, pág. 377). Este criterio que he seguido en otra oportunidad por considerarlo realmente atinado, no puede, a mi juicio, aplicarse estrictamente a los objetos de hueso. En efecto, hay puntas de mayor longitud que presentan otros caracteres que demuestran haber sido fabricadas para disparar con arco, especialmente una gran agudeza que las hace demasiado livianas y débiles para enastarlas al extremo de una lanza o jabalina. Por eso no he titubeado en clasificar como puntas de flecha algunos ejemplares procedentes de Córdoba que alcanzan hasta 80 milímetros (8, pág. 132).

Los ejemplares dados a conocer por Torres, como puntas de flecha, no exceden de 70 milímetros. Koslowski (28, lám. II) recogió de manos de los guatós puntas de este tipo de igual medida y una punta de lanza de 170 milímetros.

La pieza que describo en este párrafo difiere totalmente de los mencionados tipos cordobeses. Además de alcanzar una dimensión mucho mayor, es de tal modo robusta y pesada que bien se advierte que pudo destinarse a trabajos rudos rematando no sólo una jabalina sino también una lanza.

#### PUNTA DE FLECHA

La otra punta encontrada en La Argentina es más pequeña (fig. 46). Evidentemente se trata de un instrumento análogo al anterior, al cual se le ha fracturado la base.

Ha sido trabajado también en una porción de hueso largo, cortado longitudinalmente y aguzado hasta conseguir una punta finísima.

La parte conservada es mucho más débil y delgada que la de la punta de jabalina antes descrita. Posiblemente ha de haber sido ésta una punta de flecha.



Fig. 46. —  $\pm \frac{1}{2}$ ,  
(M. F. C. E.)

### Cerámica

#### *Representaciones plásticas*

Cuatro fragmentos de alfarería pueden referirse a la más alta expresión artística en la cerámica del litoral paranaense : las representaciones plásticas.

Desgraciadamente las piezas están muy destruidas. Tres de ellas representan la extremidad del pico de una ave y puede advertirse que se trata de picos de psitácidos, muy curvos, análogos a los tipos más corrientes en la región. Sólo uno ha sido decorado y en forma harto rudimentaria.

Uno de ellos que encontré personalmente en el cementerio de La Argentina, está muy bien caracterizado, es macizo y ha sido modelado en una pasta arenosa de grano muy fino y tan dura y compacta que, a primera vista, parece tallado en arenisca (fig. 47).

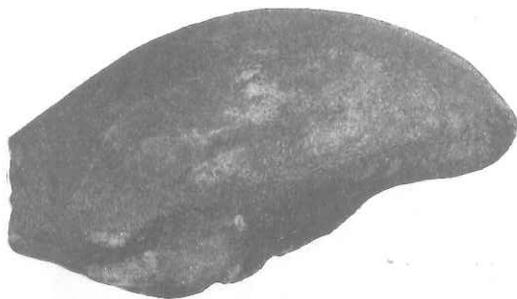


Fig. 47. —  $\pm \frac{1}{2}$ . (M. F. C. E.)

El ejemplar mejor conservado (fig. 48) representa parte de la cabeza de un saurio, de la que sólo resta la boca, enérgicamente dibujada, y la parte terminal del hocico sobre la cual se advierte una decoración cuyo detalle presento en la figura 49.

#### Cerámica imbricada

Entre el escaso número de fragmentos de alfarería que forman parte de esta colección, figuran tres interesantes muestras de alfarería imbricada.

Un hermoso ejemplar (fig. 50) deja ver, en la cara externa, las bandas sucesivas de rodetes que sirvieron para construir el vaso. El profundo imbricado responde, no sólo a la necesidad constructiva, que obliga a efectuar esta serie numerosa de enérgicas presiones digitales destinadas a unir cada rodete a su antecesor, sino que parece que aquéllas se han exagerado para hacerlas más evidentes y darles así cierto valor decorativo.

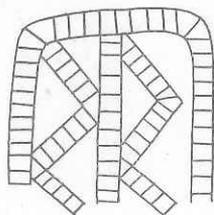


Figura 49

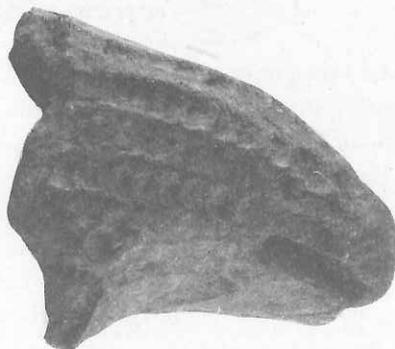


Fig. 48. —  $\pm \frac{1}{2}$ .

La pasta de color pardo claro ha sido amasada añadiéndole alfarería molida a modo de *degraisant*, su espesor oscila alrededor de 11 milímetros.

Los otros dos fragmentos pertenecen a un tipo de imbricado más fino, siendo menos evidente la superposición de los rodetes. Corresponden a la parte superior de los vasos y conservan la sección de borde que, en ambos, es ligeramente inclinado hacia afuera.

Uno de ellos (fig. 51), es de coloración rojiza, de pasta fina y bien amasada, conteniendo partículas muy finas de arena y alfarería molida, sólo

perceptibles con un aumento apreciable. Su espesor mediõ es de ocho milímetros, aproximadamente.

El otro (fig. 52), es casi negro en la parte externa y pardusco en la in-

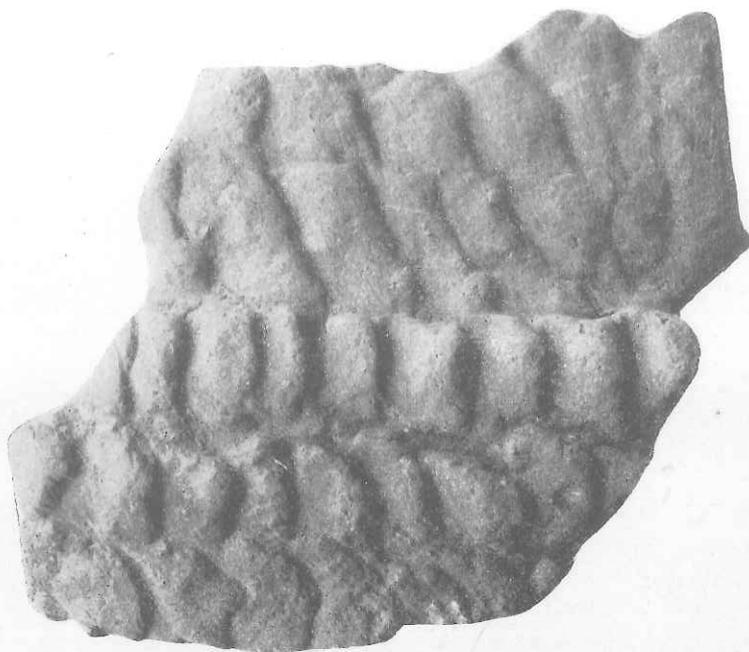


Fig. 50. —  $\pm \frac{1}{4}$ ,

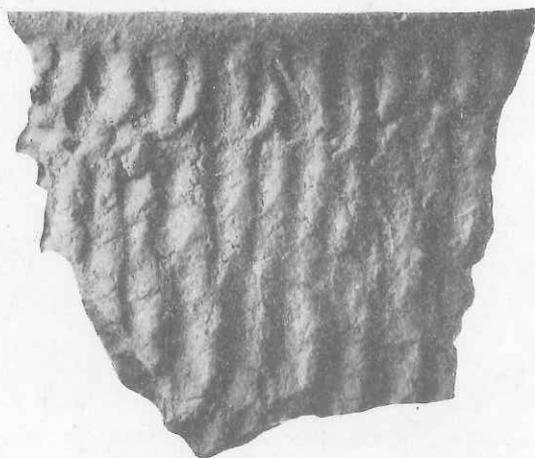


Fig. 51. —  $\pm \frac{1}{4}$ ,

terna, la pasta es análoga a la anterior pero se le ha agregado una parte de carbón.

Al ocuparme de los restos de cerámica extraídos de los paraderos de la

margen derecha del río Malabrigo dije: « Este tipo de alfarería obtenido, como se sabe, mediante presiones digitoungulares más o menos rítmicas, no ha sido señalado hasta hoy conjuntamente con representaciones

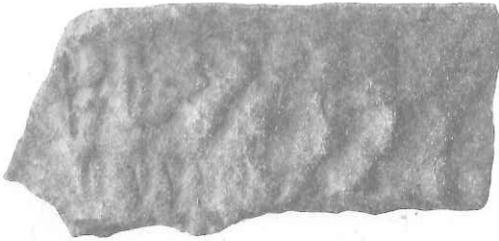


Fig. 52. — ± 1/4

plásticas; esta circunstancia así como la de hallarse representado por un ejemplar único, me inclinan a creer que su presencia en el lugar sea esporádica » (22, p. 85). Posteriormente he retirado cerámica imbricada de las proximidades de Gaboto y Coronda (provincia de Santa Fe), de yacimientos donde se encuentran en gran abundancia las representaciones plásticas.

Por lo que respecta al área de dispersión de este interesante tipo de cerámica, conviene recordar la mención hecha por Francisco Javier Muñiz en un trabajo inédito, recientemente dado a conocer, así como la nota puesta por su comentador, Vignati (37, pág. 18).

#### *Cerámica decorada por medio de surco con escalonamiento interior*

La figura 53 muestra un hermoso fragmento de superficie curva en el cual se ha grabado una decoración poco frecuente en la cerámica del Litoral. Es



Fig. 53. — ± 1/4



Fig. 54. — ± 1/4 (M. F. C. E.)

tan pequeño que sólo puede presumirse que se ha ejecutado una greca por medio de un prolijísimo surco con escalonamiento interior. Parece corres-

ponder a la curvatura del cuello de un vaso de boca estrecha análogo a los « yuros » del noroeste. Es de color pardo claro; la pasta, cuyo espesor varía entre 4 y 8 milímetros contiene alfarería molida como *degraissant* y ha sufrido una cocción muy deficiente.

Un pequeño fragmento recogido por mí en La Argentina ha pertenecido a una vasija de complicada y rica ornamentación, pero la pieza está tan mutilada que nada puede inferirse acerca de la composición total. La parte interna conservase aún pintada de un rojo intenso; la externa es de color pardo claro, debido a la cocción sumaria que sólo ha afectado la superficie de la pieza (fig. 54).

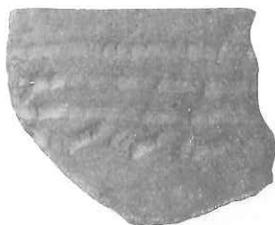


Fig. 55. —  $\pm \frac{1}{4}$ .

Una composición simple: tres líneas rectas y una quebrada, paralelas al borde, presenta un pequeño trozo de color rojizo, de 5 milímetros de espesor (fig. 55).

El fragmento representado en la figura 56 ha sido decorado con un elemento análogo, obtenido, también, mediante presiones sucesivas ejercidas por una espátula de punta plana, pero la presión se ha ejercido débilmente y entrecortada, diremos. Así las incisiones forman, en realidad, una línea punteada, en lugar de constituir, como en los ejemplares anteriores, un trazo único, más o menos profundo, presentando el escalonamiento en su interior.

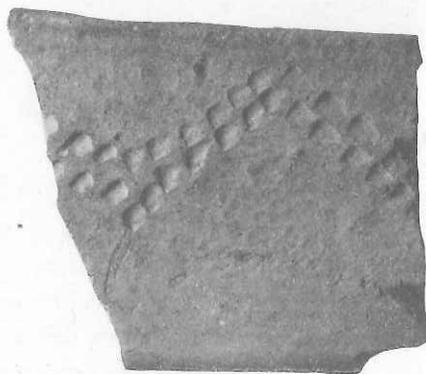


Fig. 56.  $\pm \frac{1}{4}$ .

Interésame destacar que se trata de la misma técnica y sólo hay una diferencia de presión general que da continuidad al trazo o lo interrumpe, dando lugar a la formación del punteado.

El pequeño trozo que nos ocupa es muy plano, como si correspondiera a la sección de un vaso de gran abertura; su decoración, muy elemental, está constituida por una doble línea quebrada que corre paralelamente al borde. Conserva huellas

de pintura roja en el interior. La cocción es muy deficiente, no se advierte *degraissant* alguno y su espesor es de 7 milímetros.

Restaríame agregar cuatro pequeños fragmentos pero, como carecen de toda importancia por sí mismos, bástame señalar su presencia en el lugar, pues me interesa documentar la frecuencia con que se presenta este elemento decorativo.

*Otros elementos decorativos*

Es realmente sugestiva la presencia, en esta pequeña serie, de cuatro trozos decorados por medio de líneas de puntos o de superficies sembradas de puntos, vale decir, que se apartan del elemento predominante, casi exclusivo, a lo largo del Paraná: el surco con escalonamiento interior.

Los fragmentos a que hago referencia, sobre ser pocos, son tan pequeños que no es posible intentar un estudio comparativo con elementos análogos de regiones vecinas (fig. 57). Una vez más debemos deplorar que la insuficiencia del material nos cierre el paso a un interesante camino de investigación que él mismo nos está indicando.



Fig. 57. —  $\pm \frac{1}{4}$ .

Estas composiciones decorativas a base de puntos faltan casi en absoluto en el litoral paranaense, toman incremento — al parecer — en el Delta <sup>(1)</sup>, y pueden considerarse abundantes en el Uruguay donde la alfarería decorada es rarísima. En efecto, sólo se han publicado cinco ejemplares dados a conocer por Figueira (10, palabra: charrúa) y trece publicados por el señor Carlos Seijo (49).

Uno de los fragmentos publicados por Figueira parece — a través de la oscura y borrosa reproducción — decorado con un elemento análogo al surco paranaense; los demás, así como todos los del señor Seijo, carecen de este elemento y su ornamentación presenta evidente semejanza con los ejemplares a que aludo (fig. 57). Podría agregar aún que los escasos fragmentos de

(1) Digo « al parecer » porque los esquemas publicados por Torres son tan vagos y tienen tan escaso valor documental que no es posible afirmar nada, en base a ellos.

alfarería decorada, contenidos en las colecciones arqueológicas de Montevideo, pertenecen también a este último tipo mencionado (1).

En cambio, por lo que respecta al Paraná, la persistencia del surco a que hago referencia es realmente abrumadora. Aparece en la casi totalidad del material publicado: Ambrosetti lo registra en Goya (4); el autor en Malabrigo (6 y 22); en los alrededores de Paraná, Ambrosetti (3), Serrano (50) y el autor (7); en la zona insular próxima a Diamante, Serrano (51) y el autor (9); en Gaboto, Torres (54) y el autor (7). Además ha sido señalado en numerosos hallazgos aislados en una y otra margen del Paraná (Confr. Torres 54 y Outes 44). Podría añadir aún que poseo considerable cantidad de material inédito de ambas márgenes del Paraná que presenta siempre en su gran mayoría el elemento a que me refiero.

### Ornamentación pintada

Numerosos son los fragmentos grabados y lisos que presentan huellas de pintura, pero ninguno de ellos permite establecer si se trata de una coloración que recubría todo el vaso (la parte interior comúnmente), o de composi-

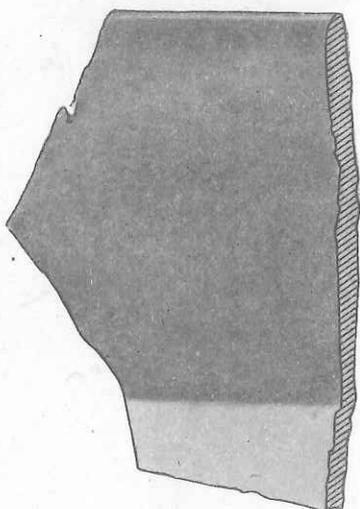


Fig. 58. —  $\frac{1}{4}$ . (M. F. C. E.)

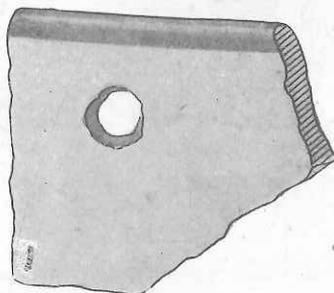


Fig. 59. —  $\frac{1}{4}$ . (M. F. C. E.)

ciones decorativas obtenidas por medio de elementos pictóricos.

Sólo un pequeño fragmento (fig. 58) deja ver, nitidamente, que una franja roja de 5 centímetros de ancho, corría al nivel del borde, en la cara interna del vaso.

Otro trozo, más pequeño aún, provisto de agujero de suspensión, tiene pintada de rojo la cara interna y se advierte que la pintura cubría todo el

(1) Excluyo, sin duda, el fragmento con ornamentación roja, pintada sobre blanco que el especialista uruguayo atribuye a los chanás (10, palabra: chaná) cuyo origen guaraní creó que Outes ha demostrado plenamente (43, pág. 275).

borde, pasando a la cara externa donde terminaba formando una delgada línea, paralela a la orilla del vaso (fig 59).

#### *Agujeros de suspensión*

Además del ejemplar descrito en el párrafo que antecede, forman parte de esta colección seis fragmentos de alfarería con agujeros de suspensión. Pertenecen todos a vasos no decorados.

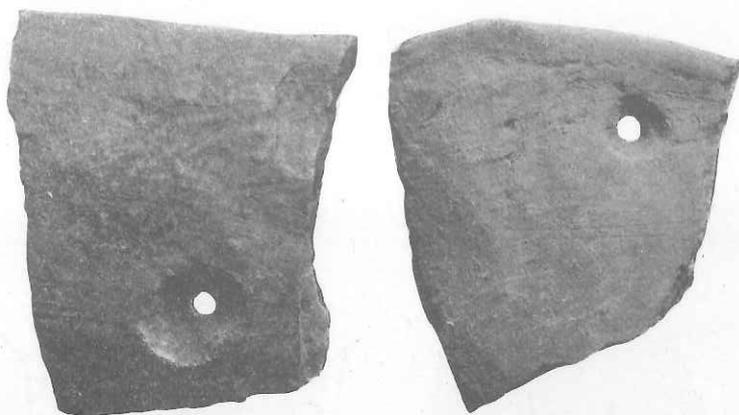


Fig. 60. —  $\pm \frac{1}{4}$

La perforación se ha efectuado, en algunos casos, con posterioridad a la cocción, por el conocido procedimiento de abrir agujeros coincidentes en ambas caras de la vasija; el orificio así obtenido tiene una forma bicónica (fig. 60).



Fig. 61. —  $\pm \frac{1}{4}$

Éstos parecen hechos en vasijas relativamente pulidas y bien modeladas. En cambio un fragmento muy tosco está provisto de agujero de suspensión abierto en la pasta fresca (fig. 61).

*Bordes*

La sección de los bordes termina, generalmente, o por un plano que corta perpendicularmente las dos caras de la pared del vaso (fig. 62 *a*),

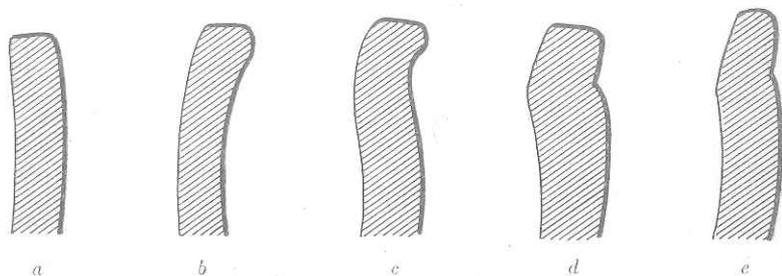


Figura 62

o por una superficie curva que las une rematando a ésta en forma de « media caña » (fig. 63 *a*).

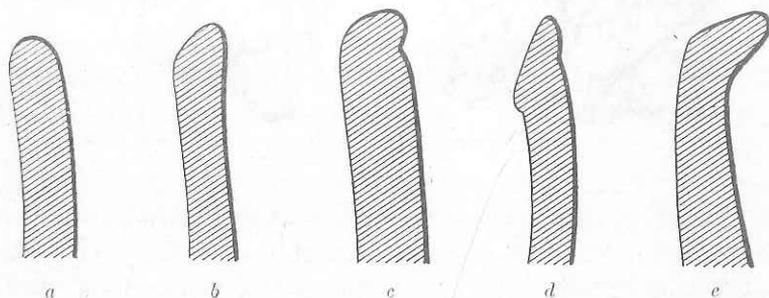


Figura 63

Estos dos tipos que podemos considerar fundamentales, presentan toda una serie de variantes que dependen, posiblemente, de la forma general del vaso. En las figuras 62 y 63 he procurado establecer, en forma esquemática, las variedades más estables que se observan en la numerosa colección de bordes que logré reunir en La Argentina.

La línea general del borde que forma la boca de los vasos es, con una sola excepción, recta. La excepción a que me refiero está constituida por un pequeño fragmento (fig. 64), que, evidentemente, ha pertenecido a un vaso cuyo borde, en forma discontinua, presentaba algunas series de ondulaciones.

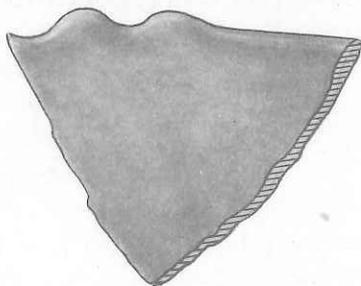


Fig. 64. — 1/1

### *Forma general de los vasos*

Los fragmentos de que he dispuesto para el presente trabajo son tan pequeños, que nada puede inferirse acerca de la forma general de los vasos de que formaron parte.

Sin embargo, se advierte que la mayoría son muy planos como si hubieran pertenecido a paredes de curvas suaves de grandes vasos.

Así también es posible admitir un predominio de formas simples. Rara-

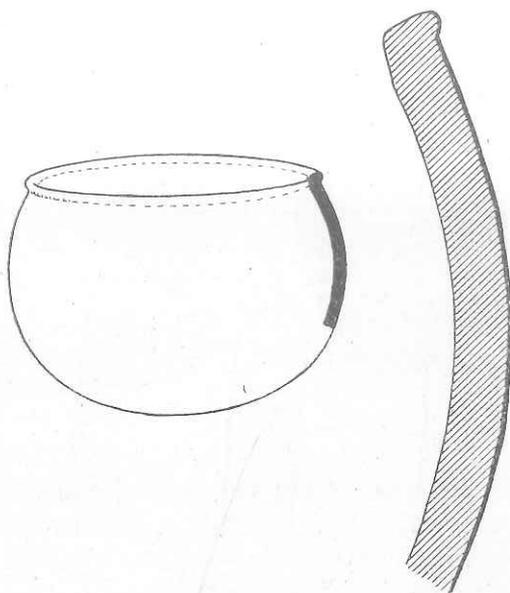


Figura 65

mente se encuentra un fragmento que presente varias curvas que permita suponer que haya pertenecido a un vaso zonario.

Sólo he dispuesto de una pieza de cerámica que dé algún fundamento para intentar la reconstrucción del vaso. Trátase, muy posiblemente, de una buena porción de pared de un pequeño vaso de forma subglobular (fig. 65).

### *Técnica*

Apreciada en conjunto, la cerámica que estudio no sugiere ninguna observación técnica digna de mención. Presenta los caracteres tantas veces señalados en la abundante cerámica de la cuenca del Paraná, y considero innecesario añadir nuevas observaciones a las que he formulado en cada caso particular.

Quizá valga la pena destacar la presencia de algunos fragmentos que con-

tienen alfarería molida como *degraisant*, recurso poco frecuente en el litoral donde abunda la arena que constituye un excelente antiplástico y, sin duda, más fácil de obtener. Más aún, es posible que la mayor parte de la cerámica que contiene arena haya sido modelada directamente en tierra arenosa que no requiera preparación alguna. Así lo he observado en una vieja alfarera serrana, en Córdoba, cuya ciencia no consiste en saber preparar los ingredientes que forman una buena pasta, sino en elegir la tierra que no necesita preparación alguna.

S. Linné que ha intentado últimamente una síntesis acerca de la técnica alfarera en Sud América, considera la agregación de alfarería molida como un recurso propio de los pueblos radicados en regiones donde escasea la arena (32, pág. 36).

### EXÉGESIS

Las noticias históricas que poseemos relativas a los indígenas pobladores de Entre Ríos, poco o nada nos ilustran para determinar a qué pueblo podríamos referir los restos que acabamos de analizar.

Toda la region occidental de Entre Ríos, al sur de Diamante, queda al margen de las rutas de navegación, separada del cauce principal del Paraná por la vasta zona insular, baja y anegadiza. Así, mientras los documentos relativos a los primeros viajes de descubrimiento y conquista encierran preciosos datos acerca de los aborígenes que habitaron la margen derecha del Paraná y, especialmente, de su brazo Coronda, las primeras noticias relativas a las agrupaciones que poblaban Entre Ríos comienzan un siglo más tarde, cuando Garay, después de fundada Santa Fé, reparte las tierras situadas a la «otra banda del Paraná» y comienza, por consiguiente, la guerra con el indio que iba a ser despojado de sus tierras.

Cervera (13), y recientemente Juan P. Sallaberry (48), han dado a conocer la documentación conservada en el archivo de Santa Fé, relativa a relaciones entre los aborígenes de Entre Ríos y los pobladores de Santa Fe en el transcurso del siglo xvii. A través de esa documentación surge, con toda evidencia, que la actual provincia de Entre Ríos estaba, a la sazón, poblada por diversas agrupaciones charrúas, invasoras en la región y en continua hostilidad con otras parcialidades preexistentes.

A comienzos del siglo xviii, Entre Ríos fué visitada por tres misioneros que viajaron, el uno por el Uruguay, el otro por el camino que arrancaba de la Bajada del Paraná, rumbo a Corrientes y el tercero por el interior del territorio, recostándose al Uruguay. Refiérome a los P. P. Catáneo, Chomé y Dufo que nos han dejado sendas relaciones, justamente célebres (12, 16 y 17). Los tres misioneros encontraron charrúas a su paso

Sin embargo, la zona meridional, y especialmente los anegadizos, permanecieron fuera del radio de la colonización y nada concretan acerca de sus pobladores los documentos escritos en el siglo XVI y comienzos del XVII. Las principales fuentes históricas de que pueda echarse mano para tener una visión de conjunto de la población de Entre Ríos en la época de la iniciación de su conquista son, sin duda, las fuentes cartográficas. Así lo ha comprendido Outes quien ha formulado un resumen muy completo de la cartografía histórica del Litoral (42, pág. 9).

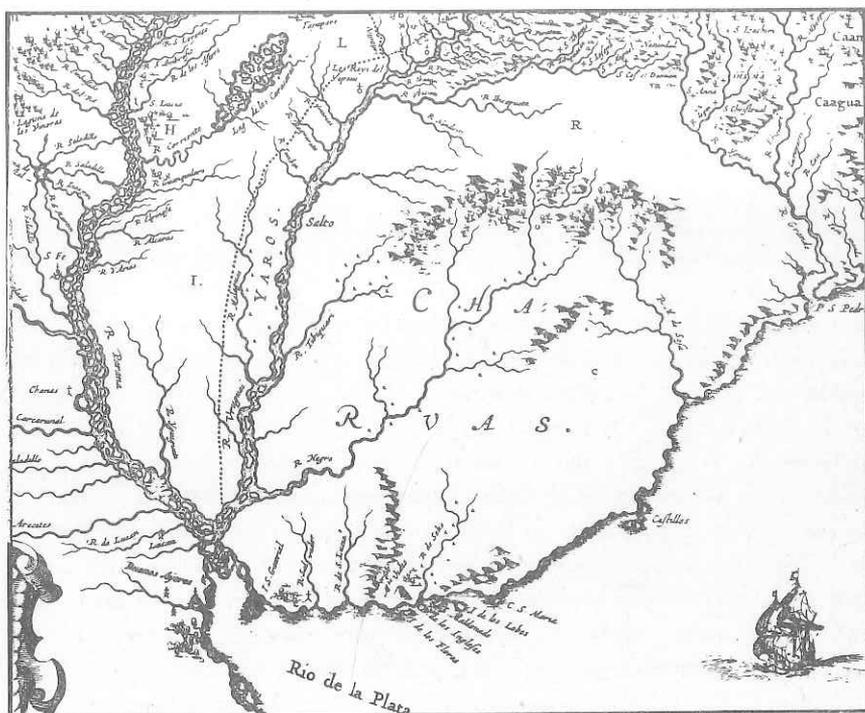


Fig. 66. — Fragmento del primer mapa del Paraguay, construido por los jesuitas (1646-1649)

En el primer mapa del Paraguay (1646-49) construido por los jesuitas y publicado en el atlas de Blaeu (fig. 66), figura ocupado por los charrúas el territorio de la república Oriental del Uruguay y en la provincia de Entre Ríos sólo se indica a los yaros, ocupando la zona que se extiende a lo largo del Uruguay.

En el segundo mapa jesuítico (fig. 67), posterior casi en un siglo (1722), ya no ocupan los charrúas el territorio uruguayo y figuran en el de Entre Ríos los yaros, bohanes, martindanes y manchados, cuyos nombres aparecen cruzados por la palabra charrúas. Indicación genérica, desde luego, como bien lo ha hecho constar Outes (42, pág. 10). Los nombres de las cuatro subtribus mencionadas aparecen escalonados con tan sugestiva si-

metría, uno debajo del otro en riguroso paralelismo, que me inclino a creer que no se ha querido especificar con ellos una determinada ubicación geográfica; ésta estaría indicada por la palabra genérica — « charvas » — que atraviesa la provincia de norte a sur, aquéllos sólo detallarían las principales parcialidades que componían la gran agrupación.

El tercer mapa jesuítico, posterior sólo en diez años (1732), no presenta variante alguna al respecto (11, 4 A.).

Es oportuno recordar, acerca de la posible relación entre charrúas y las

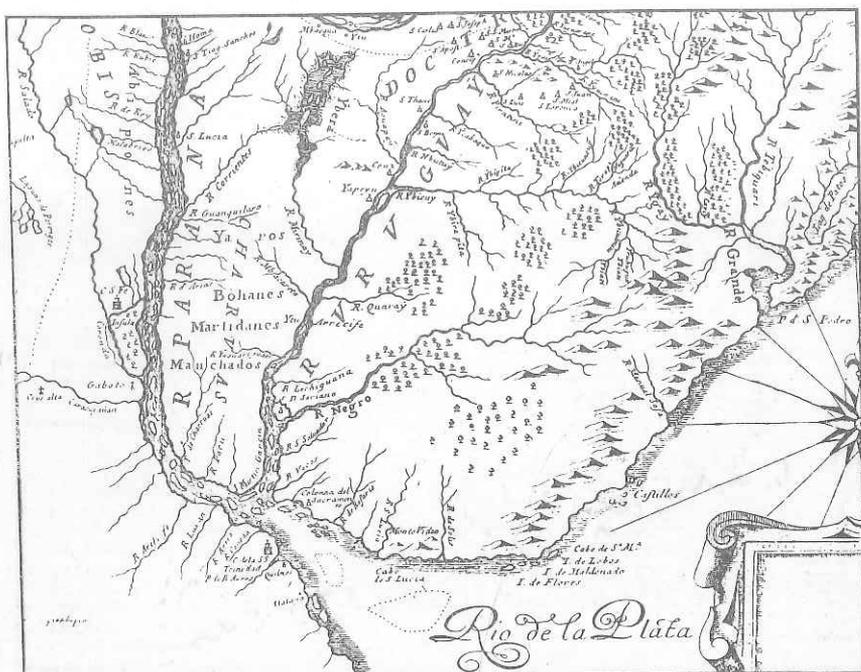


Fig. 67. — Fragmento del segundo mapa del Paraguay, construido por los jesuitas (1722)

subtribus mencionadas que el padre Dufo declara que los « machados » constituían la parcialidad más numerosa de los charrúas (17, pág. 253).

Yaros y bohanes también lo serían a estar a una denuncia del mayor Casco de Mendoza que, en 19 de noviembre de 1700, avisó al Cabildo de Santa Fe que tales indios — de « la nación Charrúa » — habían dado sobre una tropa a su mando (48, pág. 188).

En la carta de D'Anville (1733) que corre agregada a las « Lettres Edifiantes et Curieuses », la etnografía entrerriana ha sido notablemente simplificada: los yaros ocupan el margen occidental del Uruguay, como en el primer mapa jesuítico; los charrúas, sin indicación de parcialidades, ocupan el centro del territorio de la provincia actual, como en los mapas de 1722 y 1732 (fig. 68). Sugerente es que el Uruguay que carecía de toda



debido a su escasa antigüedad, sólo tienen un valor muy relativo para determinar la procedencia étnica de los restos que estudiamos.

En cambio, la mayoría de los objetos presentan, por sí solos, caracteres suficientemente definidos para vincularlos, sin hesitación, con manifestaciones industriales ya conocidas.

La presencia de representaciones plásticas y la decoración de la alfarería, sobre cuyos detalles he insistido oportunamente, definen al yacimiento dentro de los típicos yacimientos del Paraná que tienen, precisamente,

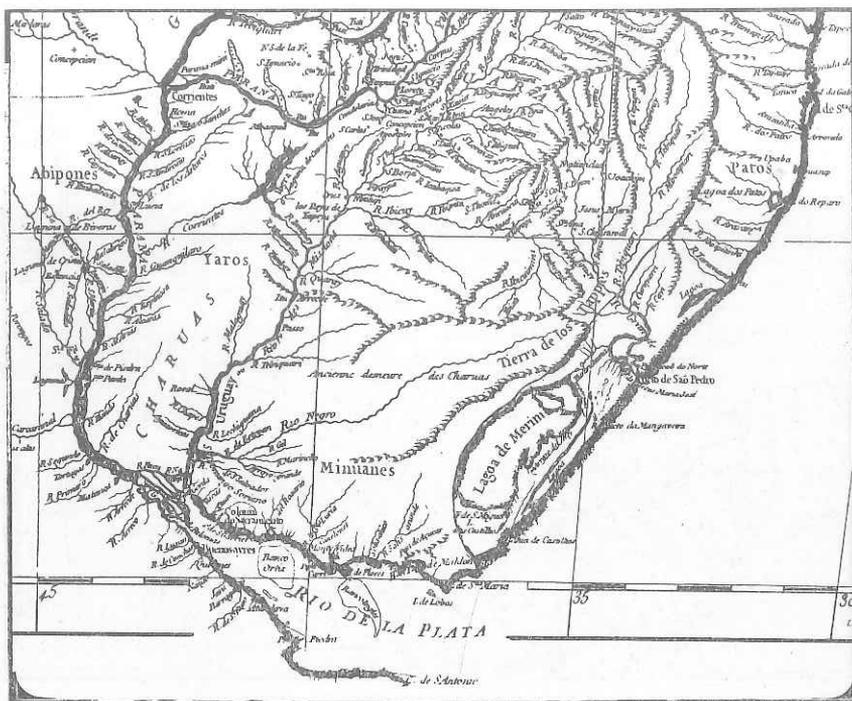


Fig. 69. — Fragmento del mapa de América del Sur, ejecutado por D'Anville en 1748

estas manifestaciones artísticas por principal característica y cuya área de dispersión está señalada por el río mismo desde el Chaco (44), hasta Buenos Aires (57).

Los escasos instrumentos de hueso pueden también vincularse con los restos de cerámica que acabamos de mencionar; en cambio sabemos que la «industria de la piedra—dentro de esta cultura—sólo alcanzó un desarrollo limitadísimo» (44, pág. 54).

Todo el material lítico descrito es, por consiguiente, extraño, no sólo a la cultura que diera origen a los restos antes mencionados, sino a todas las culturas desarrolladas a lo largo del litoral paranaense. (Confr. 44, pág. 53.)



ha permitido observar que en los yacimientos caracterizados por la presencia de representaciones plásticas, en la margen izquierda del Paraná, faltan rara vez instrumentos de piedra de probable procedencia uruguaya y éstos, por el contrario, son rarísimos en los yacimientos de la margen derecha, donde sabemos que nunca hubo pueblos charrúas establecidos de un modo permanente.

Esta hipótesis no excluye, por supuesto, la posibilidad de relaciones comerciales que expliquen la presencia de objetos y, sobre todo, de materiales bonaerenses en los yacimientos entrerrianos.

FRANCISCO DE APARICIO.

Paraná, agosto de 1927.

#### BIBLIOGRAFÍA

1. ABBOTT, CHARLES, C., *Primitive Industry*, Salem, Mass., 1881.
2. ALVEAR, DIEGO DE, *Diario de la segunda partida demarcadora de límites en la América meridional*, en *Anales de la Biblioteca*, tomo I, página 267, Buenos Aires, 1900.
3. AMBROSETTI, JUAN B., *Sobre una colección de alfarerías minuanes*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomos XIV, página 242, Buenos Aires, 1893.
4. AMBROSETTI, JUAN B., *Los paraderos precolombianos de Goya*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XV página 401, Buenos Aires, 1894.
5. AMEGHINO, FLORENTINO, *La antigüedad del hombre en el Plata*, París-Buenos Aires, 1880.
6. APARICIO, FRANCISCO DE, *Nuevos hallazgos de representaciones plásticas en el norte de la provincia de Santa Fe*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo XLIX, página 5, Buenos Aires, 1922.
7. APARICIO, FRANCISCO DE, *Un nuevo tipo de representaciones plásticas procedente de los paraderos indígenas del litoral paranaense*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo LI, página 94, Buenos Aires, 1923.
8. APARICIO, FRANCISCO DE, *Investigaciones arqueológicas en la región serrana de la provincia de Córdoba*, en *Anales de la Sociedad argentina de estudios geográficos «Gea»*, tomo I, página 111, Buenos Aires, 1925.
9. APARICIO, FRANCISCO DE, *Un nuevo documento relativo a la colocación de las asas zoomorfas en la cerámica del litoral paranaense*, en *Physis*, tomo VIII, página 244, Buenos Aires, 1925.
10. ARALJO, ORESTES, *Diccionario geográfico del Uruguay*, Montevideo, 1900.
11. *Brazilian-Argentine Boundary Question*, New York 1894.
12. CATANEO, GAYETANO, *Comunicación fluvial del litoral argentino en el siglo XVII*, etc., en *La Revista de Buenos Aires*, tomo XI, Buenos Aires, 1866.
13. CERVERA, MANUEL M., *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*, Santa Fe, 1907.
14. CONCOLONCORVO, *El lazarillo de ciegos caminantes*, en *Biblioteca de la Junta de Historia y numismática americana*, tomo IV, Buenos Aires, 1908.
15. CHARLEVOIX, P. F. X., *Histoire du Paraguay*, A Paris, MDCC.
16. CHOMÉ, PÈRE, *Lettre du père Chomé, missionnaire de la Compagnie de Jésus, au père Vanthiemen, de la même Compagnie*, en *Lettres édifiantes et curieuses*, etc., tomo V, página 127. A Lyon, MDCCCXIX.

17. DUFO, POLICARPO, *Informe del padre Policarpo Dufó, sobre lo sucedido en la entrada que se hizo el año de 1715 al castigo de los infieles*, en *Revista del Archivo general de Buenos Aires*, tomo II, página 245, Buenos Aires, 1870.
18. EVANS, J., *The ancient stone implements, weapons and ornaments of Great Britain*, London, 1982.
19. FIGUEIRA, JOSÉ H., *Los primitivos habitantes del Uruguay*, en *El Uruguay en la exposición hispano-americana de Madrid*, Montevideo, 1892.
20. FIGUEIRA, JOSÉ H., *Uso probable de las piedras con hoyuelos hemisféricos encontradas en algunos paraderos uruguayos*, en *Segunda reunión del Congreso científico latino-americano*, Montevideo, 1901.
21. FOWKE, GERAD, *Stone Art*, en *13th. Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, página 47, Washington, 1896.
22. FRENGUELLI, JOAQUÍN Y APARICIO, FRANCISCO DE, *Los paraderos de la margen derecha del río Malabrigo*, en *Anales de la Facultad de ciencias de la educación*, tomo I, página 7, Paraná, 1923.
23. HODGE, FREDERIK W., *Handbook of american indians north of Mexico*, Bureau of Am. Eth. Bulletin 30, Washington, 1907.
24. IHERING, H. VON, *A civilização prehistorica do Brazil meridional*, en *Revista do Museu Paulista*, tomo I, página 33, S. Paulo, 1895.
25. IHERING, H. VON, *Archeologia comparativa do Brazil*, en *Revista do Museu Paulista*, tomo VI, página 519, S. Paulo, 1904.
26. IHERING, H. VON, *Residuos da idade de pedra na cultura actual do Brazil*, en *Revista do Instituto historico e geographico de São Paulo*, tomo IX, página 570, São Paulo, 1905.
27. IHERING, H. VON, *A anthropologia do Estado de São Paulo*, en *Revista do Museu Paulista*, tomo VII, página 202, São Paulo, 1907.
28. KOSLOWSKY, JULIO, *Tres semanas entre los indios guatós*, en *Revista del Museo de la de La Plata*, tomo VI, 221, La Plata, 1895.
29. LEGUIZAMÓN M., *Etnografía de la Plata. El origen de las boleadoras y el lazo*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, número 141, Buenos Aires, 1919.
30. *Lettres edifiantes et curieuses*, etc. Lyon, MDCCCXIX.
31. LEVILLIER, ROBERTO, *Gobernación de Tucumán. Probanzas de méritos y servicios de los conquistadores*, tomo II, Madrid, 1920.
32. LINNE, S., *The technique of South American Ceramics*, Gotemburgo, 1925.
33. LISTA, RAMÓN, *Les cimetières et paraderos Minuanes*, etc. en *Mémoire d'Archéologie*, Buenos Aires, 1878.
34. LOTHROP, S. K., *The Thea Heye La Plata Expedition*, en *Indian Notes*, tomo II, número 4, New York, 1925.
35. MARTÍNEZ, BENIGNO T., *Historia de la Provincia de Entre Ríos*, Buenos Aires, 1900 1901.
36. MORTILLET, G. ET A., *Musée Préhistorique*, Paris, 1881.
37. MUÑIZ, FRANCISCO J., *Noticia sobre las islas del Paraná*. Publicaciones del Instituto de de investigaciones geográficas, número 9, Buenos Aires, 1925.
38. NETTO, LADISLAU, *Investigações sobre a Archeologia brazileira*, en *Archivos do Museu Nacional do Rio de Janeiro*, tomo VI, página 257, Río de Janeiro, 1885.
39. NORDENSKIOLD, ERLAND, *Une contribution a la connaissance de l'anthropogéographie de l'Amerique*, en *Journal de la Société des américanistes de Paris*, tomo IX, página 19, París, 1912.
40. NORDENSKIOLD, ERLAND, *An ethno-geographical analysis of the material culture of two indian tribes in the Gran Chaco*. Gotemburgo, 1919.
41. OUTES, FÉLIX F., *La edad de la piedra en Patagonia*, en *Anales del Museo nacional de Buenos Aires*, tomo XII, página 203, Buenos Aires, 1905.

42. OUTES, FÉLIX F., *Cráneos indígenas del departamento de Gualeguaychú*, en *Anales de la Sociedad científica argentina*, LXXIII, página 5, Buenos Aires 1912.
43. OUTES, FÉLIX F., *El primer hallazgo arqueológico en la isla de Martín García*, en *Anales de la Sociedad científica argentina*, tomo XXXII, página 265, Buenos Aires, 1917.
44. OUTES, FÉLIX F., *Nuevo jalón septentrional en la dispersión de representaciones plásticas*, etc., en *Anales de la Sociedad científica argentina*, tomo LXXXV, página 53, Buenos Aires, 1918.
45. OUTES, FÉLIX F., *Nuevos rastros de la cultura guaraní en la cuenca del Paraná inferior*, en *Anales de la Sociedad científica argentina*, tomo LXXXV, página 153, Buenos Aires, 1918.
46. PALDAOFF, J. M., *Archeologia Rio-Grandense*, en *Revista do Museu Paulista*, tomo IV, página 339, S. Paulo, 1900.
47. RATH, CARLOS, *Noticia ethnologica sobre um povo que já habitou a costa do Brazil, bem como o seu interior, antes do diluvio universal*, en *Revista trimestral do Instituto historico, geographico e ethnographico do Brazil*, tomo XXXIV, página 287, Río de Janeiro, 1871.
48. SALLABERRY, JUAN F., *Los charrúas y Santa Fe*, Montevideo 1926.
49. SEIJO, CARLOS, *De prehistoria*, en *Revista histórica*, tomo XI, página 1491, Montevideo, 1923.
50. SERRANO, ANTONIO, *Contribución al conocimiento de la arqueología de los alrededores de Paraná*, Paraná, 1921.
51. SERRANO, ANTONIO, *Arqueología de Las Tejas*, Buenos Aires, 1923.
52. TORRES, LUIS M., *El cementerio indígena de Mazaruca*, en *Historia*, tomo I, página 447, Buenos Aires, 1903.
53. TORRES, LUIS M., *Los cementerios indígenas del sud de Entre Ríos*, etc., en *Anales del Museo nacional de historia natural*, tomo IX, página 57, Buenos Aires, 1903.
54. TORRES, LUIS M., *Arqueología de la cuenca del río Paraná*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo XIV, página 53, Buenos Aires, 1907.
55. TORRES, LUIS M., *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná*, Buenos Aires, 1913.
56. R. VERNAU Y P. RIVET, *Etnographie ancienne de l'Equateur*, París, 1912.
57. ZEBALLOS, ESTANISLAO Y PICO, PEDRO P., *Informe sobre el túmulo prehistórico de Campana*, en *Anales de la Sociedad científica argentina*, tomo VI, página 244, Buenos Aires, 1878.